

ESCRIBIR LEJOS

Ingrid Tempel

LA GUAIRA

BUITRES EN SARTENEJAS

Siempre me siento aquí, en la galería Vivienne, donde puedo ver pasar a los turistas y escapar al humo del tabaco. En invierno oscurece temprano y cuando se encienden las lámparas del pasaje tengo la impresión de estar en la sala de baile de un transatlántico. Debe ser por la vestimenta extravagante de las chicas que trabajan en los comercios, como si hubieran salido de un desfile de modas y continuasen esperando que alguien les ofrezca una copa de champaña. Le aseguro que cuando entran a la galería no se detienen a mirar los libros de arte ni las mesas con novelitas de segunda mano. A menos que deseen comprar una tarjeta postal vendrán caminando displicentemente junto a las vitrinas y es probable que admiren alguna creación de la modista japonesa o que estudien los precios del salón de té. Yo las veo alejarse, llegar a la bifurcación y dudar haciendo equilibrio sobre sus tacos altos.

Brenda también era una persona indecisa. Al principio se negó a acompañarme, alegando que una interrupción de varios meses podía arruinar la novela que tenía en curso –lo que ustedes en las revistas literarias llaman *work in progress*–, pero finalmente cedió, atraída por la posibilidad de pasar el invierno en un país tropical. Cuando obtuve su consentimiento firmé con una editorial norteamericana que me había ofrecido hacer un libro de viaje sobre Venezuela. El contrato iba acompañado por dos pasajes y un generoso adelanto que nos

permitiría vivir allí un tiempo. Ella debía escribir los textos, basándose en mis fotografías.

Ahora reconozco que improvisamos en todas las etapas de lo que debía ser una breve aventura y a nuestro pesar se transformó en una iniciación a la vida adulta. En ningún momento se nos ocurrió obtener informaciones básicas sobre el país que íbamos a visitar, así que todo nos tomó por sorpresa: las colinas iluminadas por cascadas de luces que resultaron ser rancheríos, el fogoso mundo vegetal que si bien adornaba una casa constituía también una amenaza constante de invasión, la furia con que el sol ponía fin al rocío del amanecer encerrándonos en el ardiente calabozo del automóvil.

En cuanto salimos del aeropuerto de Maiquetía nos hundimos en un caldo tórrido que drenaba la energía y turbaba el razonamiento. La falta de tregua en ese calor permanente corrompió nuestros hábitos y pronto sorprendí en ella una extraña indolencia, como si las lluvias que regularmente inundaban la ciudad la privasen de todo impulso creativo. A su curiosidad intelectual unía una enorme capacidad de trabajo que pronto comenzó a diluirse bajo la canícula, hasta que me cansé de verla inclinada horas enteras junto a la ventana esperando el chaparrón de las cinco de la tarde.

En esa época no existían las computadoras de uso personal y mi hermana había ideado un sistema ingenioso que le permitía desplazarse con una pequeña Olivetti colgada del hombro. Debíamos formar una curiosa pareja: yo con mi jean gastado y un chaleco lleno de bolsillos en los que embutía rollos fotográficos, lapiceras y pipas, y Brenda con su magnífica cabellera castaña que caía siempre sobre un vestido floreado o una camisa blanca. Ahora estoy gordo y canoso, pero veinte años atrás podía seguirla ágilmente por todo tipo de camino, y le aseguro que lo hice hasta que ella comenzó a preferir otras compañías.

Fue gracias a mí que volvió a escribir. Estábamos viviendo en el mismo hotel y una mañana la encontré de pie con la frente apoyada en el ventanal, esperando que el chubasco refrescase su cuerpo atormentado. La mueca que endurecía sus facciones no se debía a la tristeza ni a la melancolía, sino más bien a un desgano que poco a poco la iba transformando. Y la contemplación de su rostro sudoroso me hizo temer un envejecimiento súbito, como si la debilidad ocasionada por las noches en vela fuera minando sus fuerzas.

Supe que si quería rescatarla de la desidia debería buscar una vivienda más elevada y fresca, pero le oculté mi proyecto hasta que encontré la casa ideal. Cuando vio las habitaciones desiertas, las paredes sin cuadros, el césped que se prolongaba en un barranco cubierto de árboles frutales, me abrazó como si hubiera adivinado que era allí donde escribiría los mejores capítulos de su novela. No le importaron la soledad, el largo camino lleno de obstáculos junto al precipicio ni los camiones que arremetían contra su automóvil en las dos salidas que comunicaban a la urbanización con Caracas: la ruta de montaña que pasaba por El Hatillo y la carretera que atravesaba el pueblo de Baruta. Sólo vio la colina irguiéndose sobre el campus universitario, los jardines floridos, el gran salón que dominaba una ladera frecuentada por bandadas de loros y un picaflor solitario que descendía sobre la enredadera a las cinco en punto de la tarde.

Bajo la luna de agosto, la casa de la colina temblaba con una extraña luminosidad interior. Al tomar la última curva antes de entrar a la urbanización, podíamos verla brillar entre los árboles, desgarrando el horizonte vegetal que la retenía en tierra. Brenda ocupó el dormitorio grande, yo me quedé con el más pequeño e instalé mi laboratorio de revelado fotográfico en el cuarto de servicio. En la oscuridad el mundo exterior se reducía a los gritos infantiles, algún que otro ladrido, el

gorgoteo del revelador. A través de las rendijas me llegaba el prodigioso aroma de su cocina: esos pollos que maceraba en cebolla, tomate y vino blanco hasta que los ingredientes se fundían, dejando un sabor a especias en la boca o las perfumadas tartas de banana y merengue, que enfriaba junto a la ventana atrayendo a los gatos del vecindario.

Una vez concluido el trabajo salía de mi encierro, servía dos vasos del clarete español que comprábamos en damajuana y me acostaba en la hamaca a escuchar música. Las hojas de los plátanos formaban un cerco frondoso que bajando la cuesta se abría en una alfombra de matorrales y plantas silvestres, limitada por la cordillera del Ávila. Brenda se sentaba a la mesa con un puñado de hojas escritas a máquina y paladeaba el vino mientras llenaba las páginas de correcciones, flechas y tachaduras, hasta que su trazado original quedaba cubierto por una fina red asimétrica.

Terminar el libro de viaje no fue una liberación sino un suplicio y ambos sabíamos que de esa forma concluía nuestro pacto; pero Brenda siguió tecleando obstinadamente en su habitación y yo comencé a recorrer las redacciones con mi carpeta, en busca del puesto que nos permitiera prolongar nuestra estadía. Salía de la casa muy temprano, a la hora en que los niños esperaban el transporte escolar. Del madrugón conservaban un estado próximo a las náuseas y a veces debía pasar junto al despeñadero, esquivando a un autobús estacionado en plena curva, mientras un chico hacía arcadas bajo los helechos.

Para llegar a Caracas había escogido la carretera más abrupta, cortada en el corazón mismo de la montaña, que me obligaba a pasar junto a mansiones cercadas por altos muros de piedra mientras los buitres lanzaban sombras amenazadoras sobre el desierto valle de Sartenejas. En El Hatillo, el cielo perdía su tinte sereno y la ruta atravesaba una planicie salpicada de edificios en construcción,

desembocando en una autopista donde numerosos vehículos se apretujaban en una masa compacta que avanzaba penosamente.

En esa época logré que el diario *Noticias* me contratara como reportero gráfico, eran los años de bonanza petrolera y a nadie pareció importarle mi acento extranjero. Bastaba con estar dispuesto a esperar todo lo que fuera necesario –a veces en los lugares más insólitos- y sacar buenas fotos. En algunas oportunidades necesitaba su ayuda, porque ella hablaba castellano mucho mejor que yo y sabía conquistar a las secretarias recalcitrantes.

Leí un artículo en el cual usted habla de su encanto. Tenía algo más que eso, Brenda Marsalis era una mujer muy comunicativa. Es cierto que el esfuerzo creativo, la identificación con ciertos personajes, incluso el eco de los pensamientos que después de tantas horas de trabajo solitario continuaban torturándola, terminaron por minar su equilibrio mental. Pero entonces era una mujer de risa contagiosa que sabía crear un ambiente alegre a su alrededor, al punto que yo mismo, que llevaba años viviendo solo, acepté compartir con ella la casa de la colina.

Cuando llegó la estación seca ya se había acostumbrado al clima, aunque evitaba encontrarse en la calle al mediodía y era capaz de planear un complejo itinerario para pasar de una oficina con aire acondicionado a la otra. Al anochecer le agradaba poner un disco (tenía cierta preferencia por Brahms y Verdi), servir dos whiskies y sentarse conmigo en el jardín a observar las luciérnagas. Aunque sólo leí la novela cuando fue publicada, en esos días estaba seguro de que uno de sus personajes seguía mis pasos y me esforzaba por ser inteligente, chistoso y hasta heroico para que mi hermano ficticio fuera mejor que yo.

Brenda comenzó a escribir crónicas literarias y a permanecer cada vez más tiempo fuera de la casa. Durante algunos meses continuamos

compartiendo experiencias, aconsejándonos mutuamente en cuestiones prácticas, pero nuestras salidas juntos se hicieron más raras y comprendí el motivo cuando invitó a cenar a un ingeniero venezolano. Contesté pacientemente a sus preguntas sobre los enlaces con la ciudad, la frecuencia de los robos, el monto del alquiler, el tanque de agua, los supermercados, hasta que ella lo abrazó y sus cuerpos lanzaron una sombra grotesca frente al barranco. Me mudé esa misma semana sin pedir explicaciones ni plazos.

Reconozco que esperaba un idilio breve, pero si quería ser fiel al personaje que me había trazado, si deseaba que ella me retratase en su novela tal como yo esperaba verme, estaba obligado a conducirme según el nivel de exigencia más estricto. Yo no vivía para el presente sino para el futuro, este preciso momento para el cual me preparé durante años y que ahora parece tan vacío, insignificante y precario. Dígame, ¿qué piensa escribir en su revista? ¿Qué Bruno Marsalis se sacrificó por su hermana? ¿Elevarme al rango de respaldo emocional y mecenas? Fui mucho más que eso para ella. Hasta que apareció Rafael Briceño fui su amigo, su fotógrafo, su secretario. Ahora me queda la amargura de no haber resistido, de haberme refugiado en una discreta modestia.

La novela fue publicada un año después de nuestra llegada a Caracas. Salí del cóctel de lanzamiento con mi ejemplar dedicado en la mano, atravesé la explanada del Centro Comercial Chacaíto para echar un vistazo a las primeras páginas y bajé a tropezones la escalera del estacionamiento, con los ojos cubiertos por una nube de ron y sin haber encontrado a mi doble. Recordaba el rostro de Brenda al entregarme el libro, su expresión de melancolía en medio del tumulto, el beso interrumpido por la llegada de ese hombre.

Unos días más tarde, el apellido Marsalis era conocido en toda la ciudad; en la redacción me saludaban afectuosamente y algunos periodistas me identificaron con certeza en determinados pasajes. Supe que los papeles se habían invertido cuando mis compañeros comenzaron a confundirme con Briceño –o con el hombre del libro que se le parecía- y a llamarme Charlie. Usted recordará que Charlie es el protagonista de *Atardecer en el valle* que salva a Mariana de un destino horrible. En él observé características del otro que también podían descubrirse en mí mismo y terminé por ignorar cuál de los dos era Charlie, si era Briceño que había cambiado o si era yo que me iba adecuando paulatinamente al personaje.

Mientras tanto, mi hermana planeaba otra novela y me pidió que la acompañase a tomar fotos para documentarse. Yo pasaba a recogerla por la mañana, a la hora en que Briceño salía a trabajar y observé que siempre tomaba el otro camino, un declive de tierra apisonada sin luces ni semáforos que atraviesa el pueblo de Baruta y desemboca en Prados del Este. Nosotros esperábamos su partida para desayunar en el jardín como en los viejos tiempos, comentando las últimas noticias hasta que pasara la hora de mayor tránsito. Luego bajábamos a la capital, descubriendo al azar de nuestros paseos la caprichosa arquitectura que bordeaba la ruta. Ella prefería las casas humildes, los rostros ajados y alcohólicos, los polvorientos bodegones de montaña.

Yo estaba viviendo en El Hatillo junto a un abasto. Todos los días la propietaria del almacén, que también vendía frutas y verduras, sacaba el camión para buscar a sus obreros. A veces me precedía en las curvas, balanceando una cola de caballo grisácea al ritmo de una música inaudible para mí. La mujer salía con el vehículo vacío y los iba recogiendo uno a uno, deteniéndose en los ranchos que bordeaban la montaña, hasta que cuatro o cinco hombres semidormidos se

apretujaban en el remolque esperando el momento de llegar a la huerta, tomar un café con arepas y comenzar el trabajo antes de que el sol quemara los campos.

Estacionaba frente a la que fuera nuestra casa escuchando aún las risotadas de los obreros, el chirrido de los frenos cuando la almacenera llegaba a una de las chozas y paraba el vehículo a contramano en plena curva, oculto por la vegetación. A veces me veía obligado a hacer una maniobra brusca para evitar chocar de frente con los automóviles que aparecían por sorpresa entre los árboles y durante varios kilómetros continuaba vibrando al ritmo de mi alborotado corazón. Las paredes del estudio de mi hermana ya estaban cubiertas por mis fotografías cuando Briceño me pidió que le enseñara el oficio. Dijo que deseaba darle una sorpresa y aprender los rudimentos en mi laboratorio, pero adiviné su intención de suplantarme definitivamente, relegándome a un segundo plano que limitaría mi presencia a cumpleaños y fiestas de Navidad.

Ya estaba resignado a una nueva vida hecha de cortas visitas dominicales y prolongaba mis jornadas ampliando las fotos que ella pensaba utilizar en su nuevo proyecto, protegido por la certeza de que al menos en ese campo era insustituible. A partir de ese día fue imposible dejar de imaginarlo profanando mis cámaras e instrumentos de trabajo, inclinándose bajo la luz roja mientras las figuras tomaban forma en la película y yo husmeaba en el cuarto oscuro, buscando infructuosamente el aroma de los guisados de Brenda. Mis evasivas no consiguieron alejarlo durante mucho tiempo, a pesar de todos los reproches que me hizo ella o que yo mismo pudiera hacerme después, estoy seguro de que nada hubiera evitado que Briceño decidiera visitarme en El Hatillo ese viernes por la mañana, justo a la hora en que la almacenera efectuaba su recorrido. Creo que trató de evitar el camión y se topó de frente con un autobús lleno de escolares; cuando nos

avisaron y llegué con mi hermana una grúa trataba de sacar al auto del barranco.

Probablemente haya rodado hasta chocar con los árboles. Desde la ruta pude ver a los hombres que arrancaban la puerta para extraer el cuerpo que el volante clavó contra el asiento, tenía la ropa llena de sangre y vidrios rotos. Eché una mirada alrededor buscando el camión de la verdulera pero no quedaban rastros de su paso; para salvarse, el conductor del vehículo escolar que dio la alarma sostuvo que Briceño tomó la curva a gran velocidad. Mi hermana no parecía escuchar las discusiones, recuerdo su palidez, el gemido que escapaba de su garganta mientras avanzábamos juntos hacia el borde de la carretera. Antes de que arrancase su mano de la mía sentí su tensión, el sudor frío de un pánico tan definitivo como la misma muerte.

Comprendí que Brenda estaba a punto de perder la razón cuando se internó en la maleza sin pensar en culebras ni en alacranes y ayudó a los bomberos a separar el cuerpo de los hierros retorcidos, aunque luego se cansó de hablarle y arrodillada junto a Briceño, alzó el rostro ensangrentado a los buitres que volaban en círculos sobre el cielo de Sartenejas, con esa expresión de estupor que nunca la abandonaría y como puede ver en esta foto que saqué de ella junto al cadáver.

EL ULTIMO MANTUANO

Vargas estira la pierna enferma y coloca el bastón sobre el escritorio. Desde la brumosa visión que ahora le impone su enfermedad, las siluetas femeninas comienzan a esfumarse en una barrera de retrocesos imperceptibles, obligándolo a privarse para siempre del pasatiempo que caracteriza a su clase: seducir, degustar, arrojar lejos el cuerpo vencido. A diferencia de sus colegas, él debe limitarse a mirarlas, envidiando su agilidad, su manera de rozar los escalones y desaparecer. El ansia de atraparlas en pleno vuelo se confunde con el llanto de las noches en que su madre lo apretaba contra su piel sudorosa, meciéndolo en un sofoco de promesas incumplidas. Es frecuente que Camacho se asome tras la pecera y lo encuentre así, agotado, la frente cubierta por el rocío maloliente de los ancianos tristes. Las miradas de su chofer (como las de los peces cuando giran sobre las torres del castillo, mordiendo el plástico retorcido) lo nutren con su desesperación, codicia y horrenda sumisión cotidiana.

Durante la mañana espía el recorrido de las secretarias, la expresión de los rostros que se apartan cuando acerca ese aliento de acetona, esas manos de piel reseca y arrugada que parecen seguir el curso desvergonzado de sus ojos. Adivina las miradas furtivas con que se burlan de su cojera, de su perenne malhumor, del conato de ceguera que lo obliga a avanzar tanteando a lo largo de los corredores. Así inventa las trampas con que los hombres demoran la llegada de la vejez, como acercar una gruesa lupa a sus ojos saltones para descifrar contratos, la fecha de vencimiento de tarjetas de crédito, facturas que su esposa acumula mes a mes. Contra la sed tenaz el entumecimiento de sus piernas y la progresiva debilidad de su vista no son más que

trucos de prestidigitador envejecido. Ante los titubeos de su memoria y esa nube porfiada que le oculta los textos, Vargas termina por desgarrar los contratos con una cólera que le cuesta una secretaria por mes, nuevas promesas al médico y una furia desahogada en bastonazos contra el escritorio.

Llama a Camacho para que lo conduzca por la ciudad que ha crecido hasta volverse irreconocible. Entre los escombros las grúas tienden sus largos dedos metálicos llevándose para siempre los recuerdos de su niñez; recostado en el automóvil, temporalmente a salvo de todo esfuerzo, Vargas observa el paso cada vez más angosto del río Guaire, los montículos de desechos industriales que obstaculizan la carrera de lo que antes fuera un flujo caudaloso y ahora no es más que un hilo de aguas enlodadas, exiliado por siempre de su memoria. Una hilera de rascacielos rodeada de grama se eleva donde poco tiempo atrás hubo cafetales, burros, el plácido olor de una ciudad casi desierta.

La mirada fija en la nuca de Camacho –tan prendida a su piel que el chofer siente la ferocidad de su silencio- sabe que no hay manera de escapar a la visita semanal que debe a su madre. Su empleado lo lleva como perro bien amaestrado que es, mordiéndose los labios para retener hasta la frase más inocente. Vargas contempla los nuevos edificios, el flujo continuo de automóviles, las motos encontrándose y separándose en la lejanía, la clínica más blanca y deslumbrante que nunca en una proa de Caurimare. El abogado recorre el pasillo con aire de propietario, como si el espectáculo de cada puerta abierta no le mostrase un anticipo de su propio infierno, observa a los ancianos semidesnudos que se debaten en la telaraña de su decrepitud y teme que su vida se apague así, en una lenta agonía deshonrosa. Por ahora, los médicos disputan a la muerte su exiguo poder temporal con una red de tubos que se prende de bocas arrugadas y flácidos miembros

yertos. Todos ellos –postrados o yaciendo en diagonal sobre una silla, totalmente inmunes al esplendor de la tarde- son el espectro de su propia memoria, la advertencia de que ya nada, ni su decisión de vivir, será suficiente para arrancarlo a esos sufrimientos. Paralizado junto a la puerta de un viejo calvo recorre los ojos cerrados y saltones, la boca abierta en gesto de aspirar la última bocanada de aire, los dedos que se aferran al borde del colchón para no caer al vacío de sus pesadillas. Sabe que bajo esa piel sonrosada y lampiña, casi infantil, hay un cuerpo que lucha más que él mismo contra el enemigo.

Allí donde Vargas se declaró vencido –todavía de pie, dispuesto a vivir más que los otros, a pesar de ellos- el anciano crucificado utiliza su ceguera para continuar el combate. Apostaría a que el moribundo se niega deliberadamente a abrir los ojos, es su manera de ignorar la decadencia de su cuerpo, la energía de las enfermeras que lo preparan para la tumba. Seguro que él también odia su vigor, su capacidad de olvido; se detiene en la habitación número siete e intenta reconocer a su madre en lo que ahora es una niña de miembros cadavéricos. Como en una pesadilla diurna, Vargas ve acercarse el recuerdo de una crisis. La luz se atenúa, el olor a éter se confunde con el aroma dulzón de la trinitaria que trepa hasta el primer piso de la quinta. El estrépito de las chicharras es casi tan fuerte como los latidos con que lo ahoga su propio corazón. No recuerda si en el sueño vio abalanzarse sobre sus ojos a los cristofué que ahora se despiden del sol, ni reconoce su nombre en los gritos de su madre que en camisón, los cabellos enredados sobre el pecho casi descubierto, trata de desenlazar uno a uno los dedos que aferra a la baranda de madera. De la ciudad ve un borde vegetal sin rascacielos ni autopistas: sólo una frontera oscura de palmeras y matas de mango contra el cielo estrellado. Abajo en el

jardín, la grama parece esperarlo con su rocío límpido. Tiene tanta sed...

Examina el jardín en sombras, siente la comunión de su piel con el césped húmedo, los tiernos olores de la noche, la montaña al final de la calle. Se aferra a la balaustrada presintiendo que nunca se atreverá a mirar la cordillera con esa mezcla de arrogancia y desafío, quisiera volar sobre la cima del Ávila para confundirse con el suelo. Sin dolor, sin sufrimiento, sólo dejarse caer sobre la tierra y aspirarla, lamerla como al cuerpo de una mujer que se deja acariciar para luego retirarse amurallada en su silencio. La tierra es esa madre impotente de sus pesadillas envejeciendo en una cama de hospital, la despedida de la carne, la resignación con que esa mujer se hunde en el olvido.

-La bendición, mamá.

Alrededor de los ojos que elevan una mirada llorosa la piel se ha cuarteado, oscureciéndose, el cuello dolorosamente inclinado, trata de compensar el peso del cuerpo que cae hacia un costado en vana búsqueda de equilibrio. El resto es una masa de carne que se resiste a morir, toda tendones y músculos vencidos.

-Que Dios te bendiga, m'hijo.

Recuerda cuando regresaba a la casona de Altamira, los ojos irritados por el polvo del colegio. Sus besos al despertar, el olor a café y pan caliente en la mañana, el canto de los pájaros atacando las matas de melocotón, los crujidos del piso de madera y el interminable viaje en autobús. Los perfumados amaneceres del valle de Caracas.

-Ayúdame a incorporarme, m'hijo.

Ya no es un niño que apacigua su confusión en el regazo maternal. Deja el bastón y desliza las manos bajo sus axilas cuidando de no desprender los tubos, apuntala a la mujer con un par de almohadas, evitando que vuelva a caer de lado como una muñeca de trapo.

- Gracias, Antonio. Ahora, alcánzame el rosario.
- Sí, mamá. ¿Ha comido?
- ¿Comer? ¡No! No podría tragar bocado, sólo quisiera tener fuerzas para caminar hasta esa ventana y lanzarme para abajo. Que Dios me perdone, no puedo más, ya no tengo coraje para vivir. ¡Mírame! No soy más que un despojo.
- Los médicos dicen que se repondrá.
- No quiero vivir, sólo quiero descansar.
- Déjeme enviarla a Houston.
- ¿Operarme? ¿Sola en una ciudad desconocida? ¿Con gente que no habla castellano?
- Una enfermera cubana bilingüe la acompañará. Ella será su traductora.
- Consuelo Vargas fija en él sus ojos dolientes.
- ¿Pero cómo viajar en mi estado, hijo?
- Déjelo en mis manos.

Los dedos se han arqueado y sus miembros yacen sin fuerzas bajo las sábanas, tan inmaculadas como el camisón que llevaba aquella noche de tormenta cuando su padre salió de cacería y Antonio se vio obligado a arrastrarse hasta ella balbuceando frases incoherentes, aterrorizado por el vómito incontrolable, el temblor del cuerpo y el estruendo del viento en la galería. En la oscuridad adivinó el contorno de los muebles, evitó la escalera y en cuatro patas, susurrando mamá Consuelo, mamá Consuelo, llegó al borde de su cama dejando un rastro de caraoas ácidas y bilis. Después imploró al Cristo que cerraba los ojos en su propio dolor, ajeno a la mujer arrodillada que repetía el Padrenuestro mecánicamente, como si esas palabras fueran a ahuyentar el temblor que se apoderaba de sus miembros.

Antes de perder el sentido la vio correr de una esquina a otra de la habitación llevándose las manos a los cabellos. Supo al despertar que esa mujer frágil y diminuta tuvo fuerzas para llevarlo en brazos hasta la planta baja, meterlo en el automóvil y conducir hasta la clínica más cercana bajo un vendaval cegador. Ella, que teme más que su hijo a la oscuridad con los árboles que caen cuando la lluvia y los vientos huracanados giran sin encontrar la salida del valle de Caracas. Cuando despertó –otro lecho en una habitación blanca y desinfectada como ésta- la vio nuevamente de rodillas, rezando por el hijo enfermo y lo irremediable del diagnóstico que lo condenaba a morir de pie, a pedazos.

-Déjelo en mis manos, mamá Consuelo –repitió, acariciando su cabeza, feliz de mimarla como si fuera su hija y las enfermedades, la vejez, meros accidentes que se combaten con dinero.

Míralos jugar en la piscina. Mamá Consuelo se pudre, se la comen los gusanos y ellos nada, a chapotear en el agua tomando tragos, a reír y gozar de la vida. Olvidaron a su abuela, para ser felices les basta el dinero, reales a raudales, fiestas en el club, viajes, un carro para cada uno; y la esperanza de que esta enfermedad me liquide antes de que sea tarde para que ellos también puedan ejercitarse en el mando.

Para dirigir hay que conocer el negocio, estos dos flojos sólo conocen el mundo del whisky y las mujeres, mientras una orquesta toca salsa y ellos bailan hasta que el sudor pega sus manos al vestido de su compañera. Naturalmente vinieron a darme una palmada en el hombro y decirme papá lo siento por ti. Luego desaparecieron, estarían avergonzados de que yo, el más hombre de la casa, abriera el féretro para inclinarme sobre ella.

Ni siquiera recuerdo si lloré. En ese momento me reprochaba su agonía solitaria, su mudez definitiva y total, hubiera querido volver atrás,

a la época en que vivía conmigo en esta casa y los papeles se habían invertido. Ella era la enferma y yo la consentía. Todavía no cargaba bastón, caminaba ágilmente y algunos días podía imaginar que era un hombre como los otros. Entonces me acercaba para pedirle la bendición y ella decía: ¿me preparas unas tajadas, m'hijo? Mi madre lo hizo por mí, mi abuela por ella y también mi bisabuela. Ahora el mundo se ha vuelto loco y eres tú el que tiene que cuidar a su mamá.

Yo iba a la cocina, si no había plátanos armaba un zaperoco y el chofer tenía que ir al abasto a buscarlos. Luego yo mismo llevaba una bandeja a su rincón favorito, bajo las trinitarias, a la sombra, sin sospechar que pronto no me valdrían de nada chofer, dinero, casa. Primero fue la cama de hospital, la soledad, la falta del jardín. Luego, los huesos que la fueron abandonando, ese cuerpo que se fue convirtiendo en masa gelatinosa. Ahora es mi turno. ¿Cuánto tiempo me queda? Cuando me vaya todo seguirá igual, mis hijos perseguirán mujeres, tomando tragos, disputándose con los abogados. El servicio seguirá murmurando en la cocina, el jardín continuará su ciclo y todas las noches mi fantasma hará una ronda para perturbar su sueño.

Deseo que mi espectro venga a estremecerlos de culpabilidad y vengarme. Lo deseo terrorífico, con un bastón puntiagudo que agitará en el jardín las noches de luna llena cuando vengán a disfrutar del fresco. Saldrá por allá donde están las habitaciones del servicio, seré un espíritu de montaña y aparición nocturna. Así volveré a mi jardín. El que yo mismo planifiqué ordenando: los plátanos al borde, las trinitarias cubriendo las paredes de la casa, las matas de mango formando un núcleo abigarrado a un par de metros de la piscina y para que a la hora en que el sol quiere fundir la tierra podamos guarecernos a su sombra. Volveré, aunque sólo sea para fastidiarlos.

Vargas recorre lentamente el sendero exterior. Sus hijos y su esposa ya entraron a la casa, una claridad difusa como la que precede a la aparición de la luna, comienza a extenderse sobre los alrededores. El hombre mide la extensión de su poder, el territorio conquistado para que otros lo arrebatan, los árboles plantados para que otros recojan sus frutos y el odio lo estremece. La vida le parece demasiado corta y la muerte demasiado próxima: como una amenaza de desamor antes de que el amor empiece. Escudriña el latido de las hojas de plátano, el zumbido de las chicharras, el borboteo de la luna en la piscina. Un aullido enluta la noche, siente pasos sobre la grama y se vuelve con el bastón en alto, listo para derribar a la sombra que seguramente lo espía asestándole el golpe de gracia; sólo es Dionisia y avergonzado se aleja musitando frases inconexas.

Atraviesa la sala protestando, desde que esa mujer compró el piano ni siquiera puede sentarse a paladear el sabor de la brisa nocturna en silencio. Sus torpes intentos por parecer heroína romántica naufragan en los dedos enjorjados, el aliento alcohólico y la doble papada que desafía a los masajes. Es una intrusa que pretende amarlo, una esposa de secretas devociones, un cuerpo ajeno al suyo. A mi muerte la ruina, murmura Vargas al ascender difícilmente los últimos escalones. Arrastra los pies entumecidos, hinca el bastón para impulsarse con la mano opuesta firmemente apoyada en la barandilla, su bota izquierda golpea el canto de cada peldaño, se detiene aterrado en pleno movimiento. ¿Debería sentir algo cuando los dedos de su pie chocan contra un obstáculo?

En la medialuz de la escalinata mira la sombra desfigurada de un anciano que se curva sobre sus quebrantos, esa visión lo acompaña hasta que se deja caer sobre la cama y tantea en la oscuridad buscando el timbre. Los muebles forrados de terciopelo, los cortinados de brocato,

todo le recuerda los momentos en que la diabetes lo encadena al lecho con avidez de hembra celosa. Las fuerzas lo abandonan, son las ánimas en pena que lo acechan, el tormento de saber que quizás mañana no tendrá la jeringa a mano o que un simple azar le dará las cartas erróneas. Dame fuerzas, virgencita, susurra en la oscuridad.

-Señor Antonio, ¿se siente mal?

-Ayúdame a sacarme las botas, mujer.

Obediente, prende la veladora y se agacha. Dionisia es pequeña, huele a frituras, tiene las manos arrugadas de tanto fregar. De los numerosos años de servicio conserva una sonrisa amarga, el hábito de mirar alrededor antes de soltar la carcajada; pero no teme a este viejo gruñón con el que comparte miedos y supercherías, sino a la mujer que la expulsará cuando le llegue la hora del cansancio.

Se inclina para recoger las botas y las suelta con un chillido.

- ¿Estás loca, mujer?

- ¡Un ratón, un ratón!

De su bota izquierda ha caído una lauchita. En la penumbra de la habitación, sin contestar a las voces inquisitivas que les llegan de la planta baja miran horrorizados al pie insensible: el anticipo de la muerte lenta que lo acecha.

PARIS-ORLY

LA CALLE DEL ENTERRADOR

Julia está despierta pero continúa refugiándose tras la muralla del sueño, sus párpados tienden a permanecer en su sitio y resistirse al choque de la luz. Sabe que las tinieblas la protegen del momento en que descalza, inerme a la agresión del frío, se pondrá de pie y abrirá los ojos. Ese renacimiento diario, hecho de pavor y diversos apetitos es más cruel que las pesadillas, de ellas puede escapar con un esfuerzo deliberado, clavar las uñas en el muro de la noche para no caer en un pozo lleno de ícubos.

La única forma de postergar ese momento es palpar la curva de sus muslos, abrazarse a sí misma y manteniendo los ojos bien cerrados hincar la frente en las rodillas mientras la espiral de una escalera la lleva nuevamente al sótano del Montana. Un chorro de whisky baja por su garganta en correntada que termina inflamando sus brazos desnudos. Todas las melodías acumuladas en su memoria ceden cuando Nina lanza la primera estrofa desviando la mirada como si quisiera olvidar el bullicio, la puerta que se abre a las sombras, el humo. Los músicos se detienen en la última nota y sonríen; más allá de los rostros desdibujados por las oscilaciones de resplandor y penumbra observan el brazo del barman alzando el sable. Los aplausos corteses de las mesas cercanas se confunden con aclamaciones de los parroquianos que esperan su copa de champaña junto al mostrador, el golpeteo de

las palmas sobre la madera, la agitación de turistas que hacen cola para entrar.

Jackie gira sobre el banquillo del piano y susurra al oído de Nina. Gus se inclina hacia delante sosteniendo el contrabajo con un brazo largo y delgado, se une al conciliábulo hasta que ella exige un trago para sus acompañantes a través del micrófono. Nina atrapa una copa de champaña y sonríe amargamente, pensando que si tuviera un saxo y un clarinete podría cantar *Billie's Blues* o *Love me or leave me*. Desde que la oyó por primera vez Julia adivinó su decisión de cantar jazz todo el camino hasta el infierno, intuyó que para Nina el purgatorio no es esa puerta que se abre hacia la calle ni los espectros sonrientes que penetran en la sala sino el silencio, ese silencio que debe llenar con su voz. Eleva el mentón para evitar que el humo la ahogue mientras busca en su repertorio las melodías que le permitirán llegar al fin de la noche.

Julia puede huir de los recuerdos permaneciendo inmóvil en una dimensión poblada de seres y sonidos extraños, volver a ellos en el sueño, despertar entre cuerdas invisibles que continúan aprisionándola más allá del regreso a la luz. Ha puesto las suites de Bach para violoncelo y regresó a la cama, la sirena del primer miércoles del mes advierte que es mediodía pero el violoncelo no logra superponerse al flujo de sus pensamientos, de modo que va y viene entre pasado y presente, entre violoncelo Bach y contrabajo jazz, como si con esa indecisión pudiera exorcizar al futuro.

Reconoce que quisiera ser como Nina, sonreír a los reflectores, saberse dueña de la música, alimentar esa burbuja que sube desde su vientre y estalla frente a tantos rostros extraños. Cierra los ojos nuevamente y esboza la primera estrofa de *Willow weep for me*. Sabe la letra de memoria pero carece de fuerza, es incapaz de afinar y ni siquiera irguiéndose sobre los codos puede transformar su hálito

moribundo en poderoso lamento blues. Antes de ceder al hambre se aproxima a la ventana, respira profundamente para lavarse el humo de la noche y riega los geranios del balcón. De Bach sólo quedan números digitales parpadeando en el equipo de sonido, un silencio interrumpido de vez en cuando por murmullos de la calle, el arco que se arrastró sobre las cuerdas hasta que los ecos del último acorde dejaron de vibrar en su memoria.

Nina despierta boca abajo y escudriña los contornos de la habitación a través de las hebras cayendo sobre sus ojos, del otro lado de su melena la niebla del traspasado cede a la luz, revela la puerta del armario, dos butacas cubiertas de ropa, el cuerpo de un hombre que murmura en sueños. Una marea clara se enreda en la barba normanda que suaviza el duro contorno de las mandíbulas. Abre ligeramente los postigos para disipar las tinieblas que lo enmascaran y se inclina sobre el muchacho dormido; así como un pintor recurre al autorretrato, por ser su propio rostro el más conocido y accesible, ella interpreta los recuerdos de esa noche por la expresión de sus facciones en reposo. Es una forma de anticiparse al momento en que volverá a despertar sola, con las notas del saxo latiendo entre sus sienes, pero él permanece en una inmovilidad tan perfecta, que Nina busca su respiración con los labios hasta que la sirena del primer miércoles lo arrebatara a su beatitud.

El champaña ha dejado un halo opaco sobre sus pupilas o quizás sea el reflejo de sus pezones, la memoria de una caricia que subió desde sus caderas para demorarse en el recodo de las axilas hasta que ella misma lo dirigió temblando porque en la oscuridad no supo encontrar el camino y prefirió abrirse de pie al cuerpo pródigo que hoy vuelve a reclamarla. Cierra los ojos y recuerda faroles encendidos en la madrugada, las cabezas de los clientes surgiendo en la bruma, el rostro

torturado de Gus; una risa nerviosa lo sacude cuando los aplausos que agradece hundiendo el mentón en el pecho, lo relegan tras su contrabajo. Durante las pausas, Gus apoya ambas manos sobre la caja de resonancia y cree escuchar el fantasmal eco del clarinete que acompaña a Bessie Smith en *Gin House Blues*, sabe que en ese momento los faros de un *bateau-mouche* arrojan sombras sobre los edificios de Quai Bourbon mientras los turistas se detienen junto al Sena y las vibraciones del metro sacuden las alcantarillas.

A esa noche entrará solo arrastrando la madera tibia de su instrumento, guiña para evitar que el salitre de su transpiración lo ciegue y aspira el humo, el acre olor de los cuerpos reunidos. Nuevamente maldice el día en que se decidió por el contrabajo, ese puesto eterno de segundón. Aunque los invitasen a los grandes festivales se vería obligado a permanecer en el anonimato, agradeciendo con una inclinación de cabeza los aplausos que comienzan a debilitarse en el preciso instante en que Nina menciona su nombre. Sólo cuando Jackie persigue a las melopeas de su solo en gamas explotando como pompas de jabón sonrío ferozmente, feliz porque el pianista no se limita a contestarle con un eco, sino que atrapa la nota final y la atrapa en el aire con el deleite del cuerpo concentrado en la agilidad de los dedos, en el arco de los brazos, multiplicándola y transformándola para siempre.

Pero éstas son sus manos, este es su lenguaje. Tiene la certidumbre de que permanecerá siempre en segunda fila, atento a que la vibración de las cuerdas coincida con la voz y el piano. Sabe que es el sonido que no se escucha, la gota de agua cuya caída se mimetiza con el estruendo de la cascada, la mirada que se clava en la partitura para evitar la inexpresividad de facciones que a pocos metros de distancia reflejan los haces cruzados de la luz. Rasgos como los de esa mujer

que se apoya en la pared: en la distancia percibe únicamente su contorno y si bien le es imposible distinguir el color de sus ojos o adivinar su edad, percibe la rapidez con que se lleva el vaso a los labios. Las aspas del ventilador comienzan a girar nuevamente, Julia no puede evitar que sus sentidos naufraguen en esa mezcla de perfume, sudor y tabaco de quienes se encuentran efímeramente unidos en la música.

Su imagen se refleja junto a la medialuna de una lámpara, por primera vez en el día se siente integrada a un lugar, consciente de que las paredes color borra de vino le dan una expresión apacible, casi satisfecha. Los músicos siguen alternando solos hasta que suman sus improvisaciones en un ritmo armónico, se alcanzan en lo más alto del goce y concluyen en medio de un aplauso que corean con sus propios gritos mientras la respiración de los clientes acompaña al *swing*.

La primera vez que la vio, Nina trenzaba *Willow weep for me* en una boîte de la calle Gozlin. Al terminar se fue inclinando sobre el piano hasta que su voz murió en un trémolo final y su acompañante le dijo burlón: “nena, acá no hay sauces que te cubran”. Julia gritó “bravo” y la cantante alzó su copa en gesto de agradecimiento. Esa mano atrapó la luz recordándole lo agradable que es dejarse arrullar, mientras la música posterga el ataque del insomnio y la cerrazón oculta los techos de Saint-Germain des Près.

La bebida comienza a hacer efecto. Siente que un incontrolable amor por Billie Holiday la invade, sus ojos se llenan de lágrimas pensando en la niña que despertó encarcelada por el abrazo de su abuela muerta y tuvo que continuar viviendo con ese rigor mortis apretándole las tripas. Después fueron otras prisiones, la heroína, un olor a carne quemada colgando de los árboles... y el autobús de su orquesta cruzó la noche de Baltimore mientras los músicos se jugaban la paga semanal a las cartas y el bourbon entibiaba sus miembros entumecidos por la nieve.

Levanta el vaso para llamar la atención de la vocalista, pide *Willow weep for me* y cuando la obediente voz de Nina comienza a enredarse sobre el recuerdo de la otra versión –la que creyera única, verdadera y definitiva- confundida en una marea de palabras inconexas, Julia cree ver a Lady Day meciéndose junto al piano. Quizás todos hayan evocado su ramillete de camelias, su voz ronca y su vida breve, porque al final hay un período de silencio y nadie se extraña de que el aplauso demore en llegar, pero han terminado y es la hora del enterrador, el momento tan temido por cantineros y borrachos. No se atreve a quedarse sola nuevamente, regresar a su apartamento y enfrentarse a las aterradoras voces de la noche. Los músicos bajan del estrado y es como si girara el teleobjetivo de una cámara fotográfica: los borrosos contornos de sus rasgos comienzan a definirse, el color de su piel y sus cabellos resalta sobre sus ropas, lo que antes fuera un conjunto de manchas adquiere perfiles, matices, tramas. Cuando se detienen junto a ella espía su imagen en el espejo: las sombras que el cansancio traza bajo sus ojos se extienden en dos líneas ligeramente curvas junto a la boca; pese al sueño está dispuesta a escuchar sus historias, pagarles el whisky y permanecer con ellos hasta que la madrugada aleje su pavor.

Los músicos han acompañado a Julia por el bulevar, cantando y bromeando, gritando bajo las ventanas para sacudirse la borrachera. Suben los cuatro pisos de una escalera vetusta y se dejan caer sobre la alfombra, agobiados por la risa que los sacude desde que Jackie se arrodilló junto a Nina, frente a la iglesia de Saint-Germain des Près, y ante el regocijo de los turistas que luego dejaron unas monedas en el sombrero de Gus recitó un poema de Paul Eluard:

*Le rire tenait sa bouteille
A la bouche riait la mort*

*Dans tous les lits où l'on dort
Le ciel sous tous les corps sommeille.*

Jackie pone un disco de Joao Gilberto y guía a Nina en la perezosa cadencia de la bossa-nova, bajo el resplandor del alba, ambos parecen frisos bizantinos moviéndose lentamente hacia un punto desconocido infinitamente deseable. Gus sale al balcón para no ver a la pareja que se abraza en el centro de la sala, observa el halo espectral de los semáforos en la calle desierta mientras el whisky retuerce sus tripas. Cuando las arcadas se vuelven incontrolables corre al baño y siente las manos de Julia apretando su nuca hasta que la debilidad y la pena lo derriban en su cama con una toalla mojada sobre la frente.

Tres caras se inclinan sobre su desmayo, tres voces se alejan hacia la sala susurrando como si fuesen culpables de la fiebre fría que lo sacude. Un contrabajo flota junto al Square du Vert Galant, Gus es un cadáver que se deja llevar por la marea, mientras el velero desaparece más allá del Pont des Arts hacia el noroeste, sin mujeres a bordo. La noche traza un encaje negro al fondo de sus pupilas, un territorio aterciopelado y frágil en el que sólo sabe naufragar, como las palabras siempre le fallaron y el cansancio termina por derrotarlo, aprieta sus rodillas descarnadas contra el pecho, albergándose en la mudez del sueño.

Julia despierta envuelta en una manta, encogida en el sillón de la sala, con el cuerpo entumecido por la mala posición se levanta con dificultad y toma una ducha, preguntándose todavía de dónde salió ese impostor que parece debatirse en sueños con toros bravos y gendarmes. Camina hacia la cocina respirando hondo, como si hubiera abierto la puerta hacia el jardín de la casa paterna y viera nuevamente los rosales, el muro circundado de pinos, la parra que los protegía del

sol durante los almuerzos dominicales. Al preparar el café recuerda la noche anterior, los silencios y actos, la música que precedió al alcohol, las pesadillas terminadas en gritos sin respuesta.

Gus entra a la cocina cabizbajo, ha quedado a solas con sus espejismos, el rostro desmaquillado de Julia, su piel áspera, su docilidad. Esto es lo que me toca en el reparto piensa mientras la sigue al dormitorio, una mujer con los senos surcados de estrías y el hábito de una prolongada soledad. Si fuera Nina dejaría la cortina levantada, se hundiría en su piel olfateando cada rincón del cuerpo para descubrir sin prisa las áreas salvajes de su desnudez, terminaría por esconder la cabeza entre sus muslos hasta anclarla en un cataclismo; pero se trata de esta mujer carente de candor, extendida sobre unas sábanas que huelen a tabaco y vómito. Su vientre es una prolongación de esa angustia que no lo abandona, ligeramente flácido como si se hubiera sometido a una dieta para adelgazar y su cuerpo tuviera dificultades para adaptarse al nuevo volumen. Cierra los ojos para ver otro rostro, que el impulso que lo hamaca termine por conducirlo al tibio territorio de Nina.

Después de esa noche Julia sabe que ha dejado de ser una espectadora anónima, se atreve a hacer planes para el futuro segura de que en la debilidad de Gus se encuentra su fuerza. Por el momento le basta con participar de sus terrores matutinos, del pánico de saber que sólo es un contrabajista más destinado a un olvido que lo destierra brevemente al sueño. Durante la noche todo es más sencillo, el mundo se divide en espacios de luz y oscuridad, las innumerables labores humanas se han decantado y luego de la selección natural impuesta por la fatiga, los únicos que subsisten son los rebeldes, los insomnes. Incluso ellos se encuentran más allá de su alcance, en una zona de

penumbras delimitada por los aplausos, el entrecocar de los vasos, la senda desierta que se abre a la madrugada.

- ¿Cumpliste tu buena acción de hoy? - dice Jackie burlón cuando los ve llegar juntos al Montana.

Nina toma su té en el mostrador. Gus se acerca, la besa en ambas mejillas y ríe antes de dirigirse hacia el estrado olvidando todo lo que no sea su voz, la noche que comienza. Presiente que otra vez forman un trío y la música los une en una entidad indisoluble; que estaba destinado a inclinarse sobre su contrabajo y buscar la pulsación, el momento único en que su sonido aterciopelado la acompañaría en un blues.

En lo alto de la noche su propia música lo aturde y transporta, el público es una masa informe de humo, gritos y figuras cuyos perfiles se confunden con su última pesadilla. La mujer que canta a su lado lo devora, su instrumento lo tritura devolviéndolo al mundo exterior convertido en muñeco extendiendo sus manos esclavas para siempre. Dios es música y la muerte ese espacio vacío en el que no puede gritar, pelear ni tenerse lástima.

Jackie se limita a llenar los espacios de silencio con una risa nerviosa, armar un cigarrillo y sacudir las briznas de tabaco pegadas a su chaleco mientras observa las piernas de las turistas solas. Desde el piano espía la sala alumbrada por un resplandor rojizo, cuerpos que se desplazan hasta desaparecer, brazos que se elevan, su propia mano deslizándose en la cartera que Julia olvidó a su lado cuando intentó cantar y trató de compensar su falta de voz con gestos vagamente eróticos. Jackie: no, devuelve ese dinero, murmura Nina que está sentada a su lado. Cállate, tiene tanto que ni se dará cuenta. Nina intenta arrebatarse el fajo de billetes y Jackie la abofetea, su cabeza golpea en el espejo. Todos los

rostros se vuelven hacia ellos cuando cae desmadejada en el suelo, mientras el pianista se mete las manos en los bolsillos.

Nina sale a la vereda trastabillando, los gritos de Jackie y la patrona, que lo ha detenido en la puerta para exigirle explicaciones, se mezclan con el recuerdo de la música. De cada una de las canciones memorizadas le queda un gemido que murmura parada bajo la lluvia. *Lover man. Moanin' low. Mean to me.* ¿Quién es el hombre que la abraza? Tiene la voz de Gus, su expresión de navegante extraviado para siempre en tierra firme. No te desmayes, agárrate de la reja. Yo la convenceré de que no presente denuncia. Las gotas de agua golpean el rostro amoratado, deslizándose entre el vestido y la carne en un prolongado escalofrío. *Good morning heartache.* Sus manos se crispan a la reja, el mundo es un pantano y todo el peso de su cuerpo cuelga de esas débiles muñecas. *Keeps on rainin'.* La barba de Gus raspa sus mejillas.

El grito burlón de dos muchachos que pasan en moto le revela su torpeza; el contrabajista se ve como lo ven ellos, un hombre tratando de impedir la caída de una mujer que estaría mejor en el suelo, más segura, feliz de sentir algo estable bajo su cuerpo aunque en el fondo sepa que el mundo comenzó a inclinarse rápidamente, partiéndose en una grieta voraz que la traga con la ropa mojada y los cabellos adheridos al rostro.

Una nube de humo empaña los espejos del cabaret, en alguna parte de la ciudad Nina y Jackie preparan sus maletas, ponen un disco, toman la última copa. Gus mira a los clientes que abandonan el local y vuelve a sentir náuseas; es el pánico que comenzó a aturdirlo cuando Nina lo entregó a esa mujer de senos agrietados, que lo arrastra hacia la calle del enterrador mientras su contrabajo yace destrozado en el piso del Montana.

NADIE GUARDA LAS FOTOS

Laureano se inclina sobre sus rodillas, las manos extendidas hacia la anciana que se repliega en la mecedora. Del rostro lleno y sonriente de sus recuerdos sólo queda una nube de algodón cayendo sobre los pómulos, los huesos parecen haber crecido, o quizás se deba a que la carne la precede a la tumba, como un invitado renuente que termina por acceder al penoso viaje.

- ¿No te queda ni una foto?

Desde lejos puede oler su aliento alcohólico, el vaho a naftalina que asciende del mobiliario. Es una sala pequeña sin ventanas al exterior, sacudida de vez en cuando por los bocinazos, las frenadas de los autobuses. Un rayo de luz flota en el aire polvoriento, en la penumbra no hay colores en los que detenerse: las ropas de Nené son grises y tanto el forro de los sillones como la falsa alfombra persa exhiben una desteñida vejez de manchas y abandono; diría que nada cambió, excepto que tanto la gente como los muebles están gastados, más tristes. El caminar se hace lento, los sueños de la juventud yacen destripados entre un montón de revistas, de los hijos y nietos no hay más que cartas, algún cheque, una llamada telefónica hacia Navidad, otra para el cumpleaños y luego el auricular que pita entre las manos.

También él llamaba de vez en cuando, bajaba a la rue Guénégaud y vadeaba la nieve fundida para gritar su mensaje navideño. Estoy bien, preparo una exposición, claro, te mandaré fotos, vieja. Un gran abrazo, cariños para todos. Luego entraba al Balto, bebía su cerveza junto al mostrador y se distraía un rato mirando a los estudiantes de Bellas Artes que jugaban al futbolito. Más tarde, al subir los cuatro pisos de escalera se avergonzaba de esa leyenda de éxito, comenzada a tejer

desde su llegada a París. Tendido sobre la cama soñaba que los dedos de sus pies se hundían entre la arena y una franja de espuma. De esa forma recuperaba el mar, el murmullo de los eucaliptos, la pereza que lo tumbara en los aromas del verano: un perfume a fruta apergaminada, ropa tendida, orines... La batahola de perros en la calle.

Así sobrevivía a otro invierno, la familia se le iba reduciendo gradualmente a esa foto amarillenta que había pegado con una chinche sobre la piletta de la cocina. En ella los rostros conservaban su mueca de cumpleaños, su gesto de alegría flotando en el aire como la sonrisa del gato de Cheshire. Sergio parecía recién salido de la cancha de fútbol: el cabello revuelto, la copa alzada en el desafuero de la victoria y el rostro fatigado de los viejos.

-Nadie guardó las fotos.

La anciana no da explicaciones. En las otras casas debe pasar lo mismo. De la historia personal, el rostro de hoy; de los muertos, sólo una lápida; de la casona, el patio central, la claraboya que iluminaba las habitaciones no queda más que este mísero apartamento de treinta metros cuadrados, sin bohardilla ni jardín. Han desaparecido los rastros de su vida anterior, del pasado familiar, las fiestas y los lutos.

-Entonces no queda nada.

-Estás equivocado, quedo yo.

- ¿Y cuándo se vaya, abuela?

Todos le decían abuela, hasta los hijos de los vecinos. Era una forma de mimarla, retribuir las atenciones, los dulces y tortas de cumpleaños, de premiar su devoción. Parece haber sido así desde mucho antes de que Laureano comenzara a usar pantalón largo; pequeñita, encorvada, el rostro alzado para ver mejor a los muchachos que continuaban creciendo. Puede verla parada en la cocina, pelando papas, cortando chauchas, inclinada sobre sus rodillas con un algodón empapado en

mercurio cromo y sus manos acariciándole la cabeza en silencio. Abuela.

Al mirarla revive veranos, convalecencias, el largo aprendizaje de la madurez. Le parece que siempre estuvo allí enseñándole a pararse sin miedo o con temor, pero sin demostrarlo. Los adultos eran entonces largas sombras parlantes, seres que vivían al margen de ese día interminable. Un lenguaje diferente, el poder de cambiarlo todo con una orden, un mundo hecho de colores: la puesta de sol en la rambla, el arco iris, la penumbra iluminando apenas la frontera fangosa del río. Y un niño tropezando con todo, que tenía miedo a mirar de frente porque en la cima de los adultos había frío, silencio, rabia.

Esa furia nunca desapareció porque él se quedó para siempre en el mundo de los colores, los llevó consigo hasta en el sueño y le picaban en las manos cuando de pie, inerme, contemplaba el lienzo desnudo. El cuadro estaba allí, esperándolo. Sólo tenía que seguirlo, rastrear su senda en medio de la oscuridad mientras escuchaba el llanto de Van Gogh, el estertor Modigliani, la puteada de todos los que se quedaron por el camino. Alguien diría más tarde: por acá pasó Laureano Solís. Caminaba solo, nadie le habló y se perdió en la confluencia de esos caminos como si hubiera caído en lo más profundo de un calidoscopio. Ahora comprende que mientras él se extraviaba en las calles de París, Londres o Ámsterdam su familia se desintegraba y el único rastro de su paso por Montevideo sería la evocación de esa mujer que ahora se hamaca en una mecedora.

- ¿Y cuándo se vaya, abuela?

Los pies detienen su vaivén, la mirada cuaja sorprendida entre los párpados mustios.

- ¿Qué importa? Ya no queda nadie.

-Estoy yo.

- ¿Por cuánto tiempo?

Parece un duelo, a ver quién pega más fuerte. Dale, m'hijo, poné la otra mejilla que a mí los golpes ya no me hacen nada. Es probable que lo odie por haberse ido, que mientras el cuerpo familiar se desmembraba lo nombrara entre los supervivientes con la aversión de quienes se quedaron y buscan cobrarse la deuda del exilio. ¿Cómo pagar esa deuda? ¿Con un *mea culpa* contrito? ¿Con el alejamiento definitivo, el rechazo, el olvido? ¿Y qué de la memoria? Mientras ella miraba esas fotografías por primera vez, recordando el primer día de clase, los primeros cigarrillos fumados en público, las primeras novias de los muchachos, Laureano perseguía a sus fantasmas en una ciudad ajena y hostil.

La belleza engendra su propia destrucción, se perpetúa luego en un cadáver irreconocible. Si el mito de París no hubiera sido tan poderoso, él hubiera podido iniciar allí su propia exploración, reinventar –con décadas de atraso, fragmentariamente- lo ya descubierto por otros. Le tomó años perderse y reencontrarse, comprender que no hay escuelas, tendencias ni limitaciones. Los tabúes son engendrados por el miedo, la respuesta es soñar, extraviarse en los meandros del subconsciente e imponerle tus propias reglas.

-Llegaron de madrugada. Lo supe porque todavía no habían cantado los gallos, porque los frenazos y gritos resonaron en toda la calle. No tenían necesidad alguna de golpearlo delante nuestro, creo que si lo dejaron en el patio desangrándose fue para darnos a entender que podían hacer con él lo que se les antojara, sin temor a reclamos ni venganzas. Hubo otras que salieron a golpear cacerolas en la noche, apagaron las luces, amenazaron en voz alta. Yo no supe hacerlo m'hijo, y me arrepiento.

-Como si eso sirviera para algo, abuela.

-No sé. Me pregunto, en todo caso cuando los milicos se lo llevaron saqué yo misma una a una las fotos de los álbumes, encendí el horno y las eché adentro sin lástima. Estaba segura de que nadie más se atrevería.

El nieto imagina una mañana de verano, el perfume de las rosas despuntando en el jardín, las fotos retorciéndose hasta formar una pasta alquitranosa sobre la asadera.

-Sí, Laureano, mientras tú estabas lejos la sangre de tu hermano manchaba el patio. Como te decía, primero le tocó a Sergio. Para entonces ya habían cerrado todos los diarios de oposición, supe también de uno que otro incendio. Una noche, este milico apareció en la tele, dijo que habían terminado con la subversión y estaban todos presos. ¿Por qué seguían encarcelando muchachos? ¿Por qué apareció la foto de tu hermano en el noticiero, como si fuera un delincuente? Un muchacho que nunca le hizo mal a nadie, que volvía del banco y le daba la mitad del sueldo a su madre. Ay, m'hijo, todavía no entiendo lo que pasó. Servíme una copita, ¿quierés?

-Claro, abuela.

-Y otra para ti.

Laureano le acerca la copa de vino tinto, acaricia los mechones blancos que se enredan en un moño sobre la nuca. Nené sonrío, palmea la espalda del hombre que ahora tiene los cabellos tan canos como ella. Ya no puede dejar de hablar, le parece que se mantuvo viva con la finalidad de contarle esta historia.

-Así es, m'hijo. De modo que el único recuerdo que nos quedó de Sergio, durante mucho tiempo, fue justamente esa foto en blanco y negro que cada noche mostraban en el noticiero. Ahí estaba irreconocible, con una expresión de terror que sólo podía explicarse por los malos tratos. A tu madre se la comió la tristeza, primero fueron las

visitas a los abogados, los intentos de que formularsen cargos. Después, buscar su rastro entre miles de muchachos encarcelados dios sabe dónde, incomunicados, pasando hambre y frío. Cuando por fin lo encontramos, las visitas al Penal de Libertad, las colas con paquetes, el regreso de esa mujer que cada viaje se acercaba un poco más a la tumba.

La piel de Nené es un anticipo de lo que pronto será la suya: blanquecina, replegada sobre su armadura ósea, cubierta de una suave pelusa polvorienta. Huyéndole al sol, guareciéndose bajo un techo húmedo, el cuerpo se convierte en una masa flácida y triste, de nada vale querer recuperar el tiempo perdido, caminar junto a la playa, alzar el rostro al mediodía con los ojos cerrados, como si ese milenario gesto de adoración pudiera saltar a través del tiempo, retroceder a las mejillas rozagantes de la infancia, los labios húmedos y llenos de salud. Deben resignarse a lo que son ahora, contentarse con el hecho de permanecer vivos.

Otros rasgos los hermanan: mientras los dedos de Nené se prolongan en un dorso lleno de cortes y quemaduras, las manos de Laureano son un muestrario de tajos y cicatrices que se destacan sobre la piel cuarteada. Un óleo reseco y quebrantado por los años, como un Rembrandt que comienza a descascararse o un Velázquez deteriorado por los cambios de temperatura, manos y rostros se estiran aflojándose, máscaras fatigadas de una vida que se acaba.

LA VOZ DE GABRIEL

Comprendí que era una anciana cuando el sueño me abandonó y ya no tuve fuerzas para aprovechar la prolongación de mis días. Ahora despierto de madrugada, mientras espero que Josefina suba el desayuno me siento junto a la ventana evitando mirar las manchas que cubren mis manos. Desde mi habitación puedo observar las transformaciones que la primavera inicia en el jardín, el temblor del sauce llorón sobre el estanque, las cabezas de los escolares que esperan el autobús. Aunque el muro que rodea la casa me impide ver la parte inferior de sus cuerpos, adivino los uniformes que comienzan a quedarles apretados, las rodillas nudosas, los portafolios abandonados junto a los árboles.

A esta hora los pescadores ya sacaron sus redes y un fulgor rosáceo recorre la costa hasta que la luz se instala definitivamente. Si tuviera energías tomaría el rastrillo y barrería las hojas secas del jardín para deleitarme con el olor a tierra mojada. Sé que junto al estanque hay rincones donde se acumulan los residuos, pudriéndose hasta despedir ese olor a fruta rancia que deleita a un olfato entrenado.

He quedado sola en esta casa enorme y mis recuerdos se pasean burlones de la cocina al desván, como si yo pudiera seguirlos a la misma vivacidad con que ellos se deslizan por el pasamanos de la escalera. Hoy he visto al espectro de Gabriel haciendo muecas detrás de Josefina y contuve la risa para que no se le cayera la bandeja, porque en esa aparición se veía muy joven y tuve deseos de abrazarlo nuevamente.

Después del desayuno la criada me ayuda a bajar y me instala en esta biblioteca, aquí están todos mis tesoros, los cuadros que no

venderé nunca y legaré a mis hijos: mi retrato de recién casada y dos autorretratos de mi esposo, Linares el joven y Linares el viejo. Con el paso de los años, el gran viajero se convirtió en un profeta de barba blanca que prefería pasar la velada jugando al ajedrez con el vecino y discutiendo temas filosóficos. Antes era yo la que preparaba el desayuno; en esa época mi lugar en el mundo estaba delimitado por los estudios de mis hijos y el trabajo de Gabriel.

Claro que estuve celosa de sus modelos, especialmente de aquella rubia que hizo posar desnuda sobre terciopelo negro, pero siempre admití la necesidad que tiene un pintor de dar vida a todos sus sueños. Supongo que usted quiere conocer la historia de este cuadro, ya que me lo trae para que lo autentifique. No sé dónde lo encontró, quizás ella misma se lo dio para que lo vendiera a cambio de una comisión... no, no me diga nada. Tengo experiencia señor y sepa que ni siquiera cuando se fue un mes con ella a Barcelona protesté, porque jamás le negué la posibilidad de experimentar sensaciones que luego utilizaría en su pintura. Usted sabe que la abstracción que abrió tantas puertas cerró otras que Gabriel intentó forzar. Muchos se estrellaron en esa búsqueda y terminaron en el asilo de ancianos, hablando solos, él quiso volver a la figura humana y supongo que tuvo éxito pues en caso contrario usted no hubiera hecho el viaje para verme.

En esa época vivíamos en París, igual que usted y Gabriel iba a menudo a la Grande Chaumière a dibujar con modelo vivo. Recuerdo que a veces entreabría la puerta del taller a medianoche, asombrada de no encontrarlo a mi lado en la cama y lo hallaba sentado junto al caballete, dibujando en la penumbra. Esos ataques de sonambulismo se acentuaron con la edad y nunca me atreví a interrumpirlo, por miedo a que el descubrimiento de que continuaba trabajando en el sueño lo paralizara para siempre.

Creo que cuando escapó con esa mujer el sonambulismo se había prolongado a su vida diurna, de tanto leer sobre el inconsciente como fuente del arte terminó por ser incapaz de controlar sus actos. Pero volvió a mí, yo le proporcionaba una base estable, sólida, indispensable para trabajar; todavía lo escucho pidiéndome mi opinión, irrumpiendo en la cocina para mostrarme su última tela. Cuando hoy en día alguien me muestra un cuadro para que lo autentifique sé que es falso si no oigo su voz, porque sus comentarios quedaron grabados para siempre en mi memoria. No me diga que quizás haya pintado óleos que yo no conozco, los he visto todos y estoy segura de que durante los días que vivió en Barcelona con esa mujer no tuvo taller.

Lo sé porque yo misma fui a buscarlo. Se habían cumplido cuatro semanas de su fuga cuando llegó el telegrama y tomé el tren sin pensar en rencores ni venganzas. Encontré a Gabriel en un hotel barato, cerca del puerto, con cuarenta de fiebre y el cuerpo cubierto de pústulas. Julia lo había abandonado en su delirio llevándose el poco dinero que le quedaba; afortunadamente, el dueño del hotel tuvo compasión de él y me envió un telegrama pidiendo ayuda que Gabriel escribió entre espasmos de fiebre. Para pagar el médico y todas las cuentas que se acumularon durante esos días sólo dispuse de unos pasteles en los que Julia me miraba con sorna. Imagínese la situación... sola, en una ciudad desconocida, sin dinero y con un hombre enfermo en el hotel, mientras los niños esperaban mi regreso en casa de un pintor más pobre aún que nosotros. Me vi obligada a salir a la calle con los desnudos de Julia y alabar su belleza para comprar medicamentos y comida. Caminé por las Ramblas con la carpeta bajo el brazo refrenando el impulso de desgarrar esos papeles, enloquecida por los celos. Recuerdo que me senté en un banco, los examiné detenidamente tratando de hacer abstracción de su imagen para

apreciar el arte de Gabriel y fue eso lo que nos salvó. Si me hubiera dejado llevar por mis sentimientos, la pasión con que había recreado el rostro enemigo me hubiera inducido a destruirlos.

Durante una semana lo cuidé amorosamente, curando las costras que cubrían todo su cuerpo varias veces por día para evitar que la varicela dejase cicatrices. Se paraba en el baño completamente desnudo y yo mojaba en un algodón embebido en un medicamento especial todas las cáscaras, tratando de no pensar que pocos días antes acariciaba a la otra. Bastaba entrar a la habitación para imaginarlo inclinándose sobre el cuerpo de Julia o adorándolo en el homenaje final de la pintura. Me negué a dormir en la misma cama que ella y pasé todas esas noches en el sofá, torturada por el recuerdo de mis niños y humillada por mi propio envejecimiento.

Nunca volvimos a mencionar ese episodio y nuestros hijos lo desconocen. Julia tuvo el descaro de pedirme una entrevista pocos meses después de su muerte, ella ignoraba que la conocía por los pasteles y que a pesar de las arrugas o el cabello teñido yo sería capaz de identificar a la mujer de Barcelona. Usted se pregunta seguramente por qué le cuento todo esto... sepa que ella trajo el mismo cuadro que ahora tiene usted entre sus manos. El mismo desnudo sin firma. Algunos expertos asegurarían que esa paleta, el tratamiento de la carne, la luz y esa pincelada caracterizan la época parisina de Gabriel. Alcé la mirada, observé su rostro desafiante, su piel que en la vida real había terminado por parecerse a la mía y se plegaba, fatigada, bajo el mentón. Se sentó en uno de los sillones de la sala, de espaldas a los autorretratos de mi marido, como si su rostro le diera remordimientos. Un abrigo de paño raído y una cartera pasada de moda revelaban su falta de recursos. Cuando descubrió el desnudo pidiéndome que firmase una autenticación yo escuché la voz de Gabriel clamando

venganza, volví a ver su delirio en una sórdida habitación de hotel y me dije que después de todo quizás había demasiadas obras suyas en el mundo.

No dio explicaciones sobre la forma en que esa tela llegó a su poder, todos conocemos las innumerables formas en que una obra de arte puede cambiar de manos y desaparecer durante largo tiempo. Yo tampoco confesé que la había reconocido en las dos mujeres -la del cuadro y la de Barcelona- porque no quería darle la ocasión de mentir; bastaba con ver el rastro de la miseria en sus facciones, saber que su intento de hacer fortuna a costa de mi ingenuidad se había convertido en mi desagravio. Lo que en realidad nunca le perdoné fue que lo hubiera abandonado mientras ardía de fiebre, sin una botella de agua a su lado ni un médico que le prestara auxilio.

De modo que no me pida que lo identifique como auténtico, señor. Ese cuadro no tiene lugar en nuestras vidas y en lo que a mí respecta ni siquiera existe. Ella es ahora una advenediza y yo soy la viuda del artista, la única persona que tiene la facultad de poner una firma donde nunca la hubo. Lamento que haya hecho un viaje tan largo en vano, espero que mi actitud no le impedirá traerme otras telas. Usted sabe... me basta ver una obra de Gabriel para volver a sentir su voz llamándome, entonces creo que soy joven otra vez y lo veo caminar a mi lado, hasta que el sol comienza a ponerse tras el Pont du Carroussel y mi rostro es el único que pinta para siempre.

POR UNA CABEZA

NATALIA NIKOLAIEVNA IVANOVA

Al llegar a la bifurcación doblé a la izquierda siguiendo un camino de tierra que la maleza pugnaba por ocultar. Inmediatamente comprendí que me había equivocado porque al final del sendero no se encontraba el castillo que estábamos buscando, sino un pequeño hotel cuya fachada estaba cubierta por una enredadera. Llevábamos ocho horas en la ruta visitando los castillos del valle del Loira y aunque nos habíamos detenido a comer, hasta el más resistente llega a saturarse del zumbido que produce un automóvil lanzado a gran velocidad. A Mijelna le dolía la espalda y yo era víctima de lo que acostumbro llamar “el calambre del chofer en vacaciones”.

El hotel me pareció un hallazgo providencial, estaba perdido en medio del campo y pensé que encontraría muchas habitaciones libres; ara mi sorpresa tuve que insistir hasta que el conserje encontró una reservación cancelada en su computadora, su éxito se debía al campo de golf adyacente. En el vestíbulo nos cruzamos con varios adeptos a los green que a pesar de la frescura vespertina conservaban sus pantalones cortos y sus camisas veraniegas; parecían muy satisfechos de sí mismos, como si en ese tipo de actividad el hombre moderno encontrase una catarsis a las pulsiones que en otras épocas lo llevaron a hacer la guerra o a descubrir otros territorios. Daban la impresión de haber hallado una nueva forma de heroísmo que podría resumirse en un combate por puntos debajo del par sin derramamiento de sangre.

Nadie parecía conocer el Centro de Ficciones, nos habían explicado que el mismo se hallaba en un castillo medieval erigido sobre una colina que dominaba el río, lejos de la autopista, en cuyo jardín podríamos abandonarnos a la meditación y el reposo. Mijelinas debía llegar el viernes al atardecer, lo que teóricamente le dejaría tiempo suficiente para dormir y ensayar su discurso de apertura. El personal se limitaba a un anciano medio sordo que vigilaba la puerta de entrada de nueve a cinco y una mujer del pueblo que nos serviría las comidas. Habían invitado a escritores y traductores que seguramente aprovecharían el coloquio para presentarle sus obras y extraerle una de sus habituales declaraciones sarcásticas, todos querrían jactarse algún día de haber tenido cierta intimidad con el maestro.

Hasta yo que desde hace diez años soy su secretario privado, chofer y confidente lo llamo maestro. No por su obra que al igual que tantos otros conozco casi de memoria, sino porque con el paso del tiempo su rostro ha adquirido un aspecto venerable y con su metro noventa y su melena blanca domina todas las reuniones. Nadie puede evitar un sentimiento de respetuosa envidia ante la profundidad de sus cuentos, que se nutren de filosofías orientales para crear un laberinto donde el hombre se extravía ante el inviolable misterio de una memoria secreta. Le sirvo con orgullo porque a medida que pasa el tiempo me cede confidencias y prerrogativas, descansando su falta de sentido práctico en mi eficiencia, su fatiga en mi juventud, sus olvidos en mi férrea organización del tiempo. No de su tiempo creativo, que me es tan ajeno como las horas que un águila podría destinar a la construcción de su nido, sino de los breves instantes en que logro arrebatárselo a su vieja máquina de escribir para que conceda una entrevista.

Mijelinas odia a la prensa y la manera que tiene de tergiversar sus afirmaciones, pero yo sé que la única forma de que su obra perdure y

fructifique es empujarlo a la polémica. Nunca me perdonará que lo haya convencido de recibir a esa periodista; se encontraba en una de sus etapas de incertidumbre y saltaba de un libro a otro buscando soluciones a algún problema filosófico que le permitiría explorar las tendencias más morbosas del ser humano, como si en su propio interior se encontrasen el veneno y el antídoto. Cuando le llevaba el café de las once lo hallaba en el sillón, rodeado de los libros que había ido sacando de la biblioteca y mantenía abiertos apoyándolos entre sí sobre la alfombra. Sus ojos estaban inyectados en sangre y apretaba los labios en una mueca de disgusto, gesto que en su caso manifiesta rencor por el tiempo que se le acaba o simple desesperación ante una respuesta inaceptable.

Como lo conozco bien no me atreví a invitarla de improviso. simplemente mencioné la cuestión, destacando la importancia de su revista. Norma Sommers parecía versada en cuestiones literarias y tenía la ventaja de ser muy atractiva. Después de un día de trabajo, Mijelna, que busca la iluminación y la paz interior en los libros, termina irritado y de mal humor.

Le dije que un poco de publicidad y una cara bonita no le harían daño, que incluso podría inspirarse en el encuentro para relatar el duelo entre un anciano sabio y una joven frívola.

-La fascinará con su erudición –insistí.

-Y con mi vejez.

-Estaba bromeando.

-Toda broma trasciende y modifica un pensamiento sincero. Pero si ha sido honesto en su reconocimiento de los muchos años que nos separan, quiero pensar que también lo ha sido al referirse a los atributos físicos e intelectuales de esa muchacha. La recibiré, aunque es

probable que como muchos de sus colegas quiera entrevistarme sin haber leído mis libros.

-Estoy seguro de que no se arrepentirá.

-Nunca me arrepiento de nada de lo que he hecho porque sería imposible cambiarlo. Sólo lamento determinados actos de cobardía y la inutilidad de este prolongado viaje hacia el conocimiento.

Se estaba volviendo depresivo, invoqué en mi auxilio a las tres efes.

- ¿Cuál es la característica común a estos tres escritores: Freud, Flaubert y Faulkner? –le pregunté.

-La introspección, la disciplina y el conocimiento del ser humano –me contestó.

-Por supuesto, pero aparte de eso, ¿qué los une?

-Lo ignoro.

-La falta del sentido del humor, no sabían divertirse. La miseria humana cayó sobre sus hombros con todo su peso y los aplastó bajo una pirámide de libros y amargura.

-Ya veo... si me dedicase a divertirme no pensaría y si no pensara tampoco escribiría, y si no escribiera sería el hombre más amargado del mundo. De modo que volvemos al principio.

-Usted trata de convencerme con sofismas.

-Con la experiencia, porque aunque usted no lo crea hubo una época en la cual me dejé llevar por el hedonismo y el libertinaje. Los excesos también pueden conducir a la búsqueda de la sabiduría, aunque sólo se trate de un precario equilibrio entre vida consciente y sueño.

Es probable que en este caso haya querido darme la razón no para divertirse o enterrar sus obsesiones, sino para demostrarme que él también es un ser humano. Tengo la certeza que lo que no me perdona es que Norma lo haya humillado; aunque nunca presencié sus encuentros en la biblioteca, es inevitable imaginarlo suplicando una

dádiva de amor a la mujer que por fin consintió desvestirse para que el patriarca se extasiara ante el sublime espectáculo de sus senos y el contraste de su vientre junto a los lomos de la Pléiade.

Menos tengo la culpa de que no haya sabido retenerla, yo mismo fui a buscarla con un ramo de flores, la invité a cenar y caminé con ella una noche de primavera enunciando los motivos por los que debía regresar al gabinete donde Mijelinas se cocinaba en la furia de su orgullo taciturno. Él no hizo el menor intento por recuperarla, convencido de que su prestigio bastaría para llevarla de regreso, que el agradecimiento con que se prosternó junto al cuerpo salpicado de semen le haría olvidar su propia insatisfacción. Se limitó a encerrarse una vez más esperando una sumisión que no llegó y de su dolor extrajo un cuento maravilloso que nos reconcilió, a mí con su repentino desdén y a él con su problema de eyaculación precoz.

La planicie se extendía hacia la carretera interrumpida de vez en cuando por una colina boscosa, pensé que debíamos estar cerca de nuestro objetivo, Mijelinas no sabe conducir y yo me sentía demasiado fatigado para continuar explorando. Para mi sorpresa, en lugar de lanzarme una andanada de reproches o llamar por teléfono al Centro se instaló junto a la ventana del restaurante y esperó que anocheciera. En cierto momento el canto de los pájaros se hizo más intenso, el campo de golf se cubrió de claroscuros, como si Magritte estuviera jugando con el paisaje y los árboles creasen una barrera ficticia a la caída del sol. Tras las colinas surgieron unas luces y ambos sospechamos sin decirlo que estábamos cerca del Centro.

Esperé un comentario, una orden y por primera vez desde el incidente el maestro parecía aplacado, sereno. Mientras contemplaba el avance de la noche sonrió y su rostro indefenso me hizo pensar con alivio que seguía siendo su único confidente. No me atreví a hablar, el

mundo animal que vivía fuera del edificio continuaba su ciclo, su rumor nos acompañaba en nuestro propio espacio, arrastrándonos lejos del restaurante, los ventanales y la gran chimenea que comenzaba a despedir un aroma a carne asada.

Dos hombres que se conocen hace muchos años pueden estar sentados frente a frente y tergiversar sus intenciones. Entonces supuse que no lamentaba nuestro extravío porque en el Centro se hubiera sentido tan ajeno como en esa sala llena de golfistas bulliciosos. Mijelna no prestaba atención a los comensales: más tarde reveló que sólo deseaba acostarse en el césped a escuchar los murmullos del anochecer, permanecer inmóvil mientras su cuerpo era penetrado por la naturaleza y perdía conciencia de sus límites, meditar sobre lo finito y lo infinito hasta que su espíritu, los pinos, las golondrinas, la tierra y él mismo formasen una unidad. Su reflexión le pertenecía y yo sólo era un intruso más.

Nuestra demora había provocado gran inquietud en el Centro, el sábado por la mañana, cuando por fin encontramos el castillo y atravesamos su puente levadizo, los otros invitados salieron corriendo al patio central y rodearon el auto con expresión de alarma. Sara Toledano, que intentaba disimular su obesidad con una túnica multicolor, nos abrazó como si hubiéramos escapado a un bombardeo y sugirió que debíamos descorchar una botella de champaña para festejar el acontecimiento.

-Querido Mario –dijo cuando todos estuvimos instalados en la antigua sala de guardias con una copa en la mano- no te envidio tus libros ni tu fama, sólo la abnegación y el respaldo de este hombre ejemplar que ha dedicado su vida a tu obra.

-El excesivo interés de Julián en mis libros nunca se debió a la generosidad. Al contrario, su dedicación revela un egoísmo aún más

fuerte que el de cualquier escritor. Con su actitud servil intenta esclavizarme, en lugar de crear trata de identificarse con el creador – contestó Mijelinas.

-Es lo que hacen todos los lectores –intervino Sadowsky.

-Esto va mucho más lejos, a veces temo haber engendrado un Golem que escapa a todo control –dijo Mijelinas.

- ¡Usted es un desagradecido! ¡Ya quisiera yo tener un secretario que solucionara todos mis problemas cotidianos para poder escribir tranquila! –exclamó Sara.

-Señora, sus deseos son órdenes para mí, se lo cedo con gran placer –la retó mi jefe.

-Julián Nogara es su ángel guardián, jamás podrá separarse de él. Algún día reconocerá que gracias a su altruismo encuentra la fuerza interior para aislarse de la vida mundana y crear esas joyas con las que nos deleita a todos –opinó la poeta rusa con su voz de contralto.

Claude Danecy –el traductor de Mario Mijelinas, Oscar Sadowsky, Sara Toledano y Natalia Ivanova- puso fin a la discusión distribuyendo un catálogo con los textos de los discursos, las actividades del fin de semana y un ensayo suyo sobre traducción y lingüística. Lo que amenazaba con desembocar en una ofensiva imperdonable que me obligaría a presentar renuncia terminó en conversaciones cruzadas y todos olvidaron o parecieron olvidar el súbito rechazo de mi jefe.

Ivanova se acariciaba tristemente los largos cabellos rubios mientras Sadowsky le servía otra copa de champaña. Danecy confesó a Mijelinas que necesitaba su consejo sobre algunos problemas de traducción que le planteaba su última antología de cuentos. Sara, la exuberante Sara estuvo a punto de echar todo a perder al empujarme a la chimenea y ofrecerme empleo. con voz tan estentórea que a nadie le pasó

inadvertido su intento de llegar al panteón de las letras por medios ilícitos.

El sábado me dediqué a leer y a caminar por el parque del castillo mientras los invitados discutían sobre el sexo de los ángeles. Sólo me reunía con ellos en las comidas, esperando que a la hora de partir mi jefe habría olvidado nuestros desencuentros. El maestro entraba en éxtasis cuando la poeta cerraba los ojos y todos mis esfuerzos por lograr una tregua chocaban con su pálido rostro eslavo. Desde el torreón los vi alejarse por el camino que rodeaba la muralla, tomarse de la mano mirándose a los ojos y abrazarse en silencio. Entonces supe que Mijelna estaba condenado a la melancolía porque ella no soportaba la ausencia de su tierra y se iría dejándolo atrapado en una telaraña de frases inconclusas.

Natalia ignoraba que los lazos que nos unen son superiores, yo no acepto su cobardía y estoy dispuesto a arrastrarlo hasta que asuma todas las consecuencias de sus sueños. Lo hago sabiendo que volveremos a nuestras labores y seremos nuevamente maestro y discípulo, padre e hijo aunque ocasionalmente los papeles se inviertan y yo deba indicarle el camino.

Ella era mucho más peligrosa para mí porque no representaba la carne sino al conocimiento a través de la carne. Mijelna se repuso del abandono de Norma e incluso halló una explicación de su partida en su propio orgullo. La desaparición de la poeta, en cambio, amenazaba con sumirlo en la pasividad de un dolor incurablemente romántico, podía imaginarlo escribiendo largas cartas a la amada ausente, desplegando un mapa de San Petersburgo sobre su escritorio en una estéril reconstrucción de sus desplazamientos cotidianos.

Evitaba pensar en lo que sucedería si ella decidía quedarse, sus libros la habían precedido creando una imagen de mujer apasionada de

fuertes inclinaciones filosóficas. Las purgas, la censura y la deportación que desgarraron la vida de Ajmatova, Mandelstam, Pasternak y Brodsky, el calvario de Tsvetaieva y Gorbanyevskaya, habían creado una leyenda que obligaba a los poetas rusos a luchar incesantemente por la libertad de expresión. El apartamento de Mijelnas se convertiría en el centro de una actividad política que terminaría devorándolo.

Permanecí inmóvil en la ventana del torreón observando las sombras de los pinos sobre los rosales, el ala derecha del edificio irguiéndose sobre la muralla. En el sopor de la noche olvidé la ciudad que dormitaba junto al río para retroceder a una época de furias y traiciones. Intramuros el tiempo se había detenido, el aroma a leña quemada fue dominado por el perfume dulzón de una mujer que ascendió la escalinata envuelta en un traje de gitana. Sus pulseras tintinearón cuando apoyó ambas manos en mis hombros y escudriñó mi rostro desolado.

-El león se quedó sin dientes –sonrió Sara.

-Hasta los reyes se inclinan para recoger una flor.

-Esta tiene espinas envenenadas.

- ¡Vamos! No exagere... la aventura termina mañana.

-Sólo si usted quiere.

-Mi opinión no cuenta.

-No se trata de su opinión, esta mujer es la voz de un pueblo porque se negó al exilio. Si se quedase lo perdería todo: el amor de su gente, el impulso creativo, el contacto con su propia cultura.

- ¿Y usted qué gana con su partida?

-Mijelnas ocupa todo el espacio, yo necesito las luces de los reflectores sobre mi obra. En otras palabras, lo necesito a usted Nogara.

- ¿Me está ofreciendo trabajo otra vez?

-No, le propongo un trato mutuamente ventajoso. La ausencia de Natalia empujará al viejo a uno de sus arranques místicos. Usted recuperará su confianza y volverá a ser su único vínculo con el mundo exterior y yo aprovecharé la oportunidad para convencer a Danecy de que imponga mi última novela en su editorial y la traduzca.

- ¿Qué debo hacer?

-Llevarla a la estación a primeras horas de la mañana, cuando todos estén durmiendo. Ella misma me lo pidió, no desea llantos ni despedidas.

-Si el maestro se entera estoy perdido.

-Nunca lo sabrá.

Toda la noche soñé con un cuervo que graznaba sobre la muralla, me acerqué y observé sus ojos inyectados en sangre. Caminé sin rumbo fijo a lo largo del jardín seguido por su canto fúnebre, subí la escalinata que lleva al edificio principal y comencé a descender por los lóbregos corredores de piedra. El pájaro me acompañó mientras penetrábamos en las entrañas del castillo, quejándose de vez en cuando con un gemido ronco y entrecortado, hasta que su voz fue interrumpida por la campanilla del despertador. Continuaba escuchando el eco de sus chillidos cuando golpeé a la puerta de Natalia.

Los muros de su habitación estaban cubiertos de tapices, una princesa de colores desvaídos, rodeada de jinetes y de perros, miraba fijamente a la mujer vestida de negro que sostenía una maleta con mano temblorosa. Comprendí que había empacado todos sus efectos personales porque alrededor no encontré un solo objeto que me recordase este siglo.

-Buenos días – dijo con rostro demacrado.

-Espero que haya descansado.

-No cerré los ojos en toda la noche. Me es imposible abandonarlo de esta manera, tengo que despedirme.

-Si le dice adiós no la dejará partir.

-Si me voy así no viviré en su recuerdo, olvidará mis poemas y sólo le quedará de mí la imagen de otra mujer débil y traidora. Los poetas perduramos en la memoria de los hombres, aunque las vicisitudes de la Historia nos obliguen transitoriamente al silencio.

Comprendí que era inútil discutir, la conduje por los corredores del castillo y mientras avanzábamos sentí una inmensa paz, como si al buscar nuestro camino por pasadizos oscuros, tanteando entre muros de piedra y techos abovedados, hubiera encontrado la salida de mi propio laberinto. Al igual que en mi sueño a medida que descendíamos el aire se hacía más húmedo y frío, ella debía pensar en la despedida, porque no advirtió que ese camino nos llevaba lejos de las habitaciones.

Al llegar al primer calabozo la empujé adentro y cerré la puerta con llave, sabiendo que durante el desayuno Sara diría a todos que Natalia Nikolaievna Ivanova había tomado el primer tren de la mañana y nadie escucharía sus gritos.

SHUGA

Marc tiene la mala costumbre de poner una y otra vez sus discos preferidos, de esa forma ha logrado que yo me hartase de melodías que alguna vez me gustaron con locura, como cuando Georges Brassens canta *La princesse et le croquenotes* o la trompeta de Roy Eldrige en *I surrender dear* con un lamento que me pone la carne de gallina.

Era la canción que escuchaba cuando entré a la librería con la cámara apoyada en el hombro, como un verdadero profesional y él bajó de la escalera, dejando caer una pila de libros, para abrazarme con ese jadeo de los hombres obesos que acaban de realizar un gran esfuerzo físico. Mientras escuchaba los arpegios de Art Tatum lo imaginé vestido de frac, perdiendo dinero en un casino de la Costa Azul como en una de esas películas de los años setenta que siempre terminaban junto a una ruleta.

Eso no significa que frecuente los casinos, he visto muchos en el cine y me gustaría probar suerte, pero desde que Irene se descuidó me veo obligado a medir mis gastos. Esta filmadora la tengo gracias a *Shuga* que el domingo en la tercera carrera adelantó por la izquierda, provocando un enorme alboroto entre los apostadores y el final de mi mala racha. Al verlo sacar ventaja grité como en mis mejores sueños de victoria y me precipité a la cerca para ver mejor, pero no creí haber ganado hasta que los resultados aparecieron en las pantallas.

Irene me siguió a la taquilla sonriendo, meciéndose en el sofocante aire de la tarde tras ese vientre que la obligaba a agarrarse de las costuras de mi campera cuando andábamos en moto. Después de cobrar la invité a tomar una cerveza fuera de Maisons Laffitte, para huir de los espectadores que seguían vociferando en las gradas. Todavía

ignoraba lo que haría con el dinero: cuando uno lleva años perdiendo todos los domingos y el sueño de dar el golpe se desvanece gradualmente, deja de hacer planes.

Nos sentamos en la terraza de un café a brindar por mi éxito, hundí los labios en la espuma mientras intentaba reconocer las fragmentarias imágenes de mi infancia que me hostigaban otra vez con su olor a salitre. Los murmullos de la calle crearon súbitamente un espacio de bordes irregulares, como si me hubiera sumergido en un pozo de aguas turbias donde fuera imposible distinguir sus límites. Pronto Irene sería vencida por el sopor y estaría obligado a llevarla a la habitación, abandonándola al gradual aumento de ese otro latido que palpitaba en su cuerpo.

El lunes desayuné en el café, siguiendo el vuelo circular de las golondrinas en la mañana translúcida. El hecho de poseer esa suma me daba confianza, como si la felicidad consistiera en ese momento de inacción durante el cual se barajan varias posibilidades. Observé los grupos que se hacían y deshacían ante los puestos del mercado, el paso del acordeonista ciego, los vendedores de fruta, queso y pescado afanándose con la certeza de que todos sus días serían iguales. La palabra libertad significó para mí caminar a lo largo de la feria, tomar el metro hasta el comercio que vende filmadoras de segunda mano, escoger una rápidamente y salir con ella colgada del hombro.

Todavía no había intentado filmar a los desconocidos que deambulan por la calle, me limitaba a espiar sus gestos, como el cazador que se mimetiza entre los arbustos para atrapar al animal en el instante preciso en que salta y descubre su punto vulnerable. Quizás todos los principiantes comiencen como yo, utilizando los sueños de la gente que tienen más próxima para componer el bosquejo inicial de una historia.

Las opiniones de Marc, como las de muchas personas no dependen de la suma de sus conocimientos sino de su última experiencia. Desde que su esposa pidió el divorcio y se fue con su hija a Niza, dejándole la ocupación de atender la librería y enviarle la mitad de sus ganancias, odia al género femenino. Por eso todavía no le dije que estoy viviendo con una mujer: repetiría al fastidioso discurso sobre la imposibilidad de confiar en ella y el peligro de que un día se alce con todo. Yo soy un modesto empleado sin propiedades y sólo puedo salir ganando. Irene se ocupa de mi ropa, la comida y cuando no me alcanza para apostar me da dinero. Con eso me basta por ahora.

A veces la observo mientras duerme, después que anochece el paso de los vehículos por el callejón provoca un ligero estremecimiento en el marco de la ventana y lleva ambas manos a su vientre, como si quisiera mantenerlo anclado para siempre en el sueño. Un prolongado hábito de tristeza ha curvado su boca, su cabellera morena mantiene la ilusión de adolescencia y si en la noche parece más pequeña, es porque el temor la lleva a adoptar una postura de gata perseguida entre las sábanas. Es en esos momentos: cuando huyendo de los espectros que pueblan sus pesadillas ella se refugia en un espacio -entre mi propio cuerpo y los barrotes de la cama- buscando protección que la odio de verdad. Entonces aprieto los dientes mientras me alejo, ella es más fuerte que yo y su transformación está destinada a someterme paulatinamente. En el fondo aborrezco su capacidad de sufrimiento, su decisión de llevar la inactividad hasta sus últimas consecuencias, su mansedumbre.

Ese lunes Marc y yo estábamos dispuestos a todo. El calor sacaba de sus madrigueras a hombres y mujeres, mezclados en una muchedumbre anárquica se unían y separaban alrededor de Les Halles, como si en el curso de su vagabundeo fueran a hallar una compensación a su largo encierro invernal. Los veía acercarse, rodear

a los cómicos y sosías de Charlie Chaplin, los músicos imitando la locura y desamparo de los reyes del bebop en la explanada del Beaubourg.

Marc había cerrado la librería y llevaba el bolso de mi cámara, tan entusiasmado como yo por nuestra labor de aficionados. Filmé esa corte de los milagros durante un par de horas y luego regresamos a trabajar un poco. Estábamos demasiado excitados y aprovechábamos cada pausa para hacer planes, como dos adolescentes que por primera vez van a salir de viaje sin los padres. Gracias a *Shuga*, Marc inició una carrera literaria postergada desde que compró la librería y las dosis masivas de literatura lo convencieron de su ineptitud. Yo atendía a los clientes y él se escondía en el depósito (un sótano más apropiado para almacenar vinos que para sentarse a escribir) e insistía en su incómoda labor.

Todos llegamos al momento de saturación en el cual nuestro trabajo, las personas que nos rodean y la rutina se convierten en una gigantesca deuda contraída con nosotros mismos. Las diminutas voces de protesta que antes nos saludaban al amanecer cuando aterrados por el comienzo de un nuevo día nos mirábamos en el espejo, se transforman en alarido de impotencia.

Mi compra se convirtió así en el instrumento catalizador de la furia acumulada por Marc. Lo que para unos es acto liberador puede constituir para otros el comienzo de la esclavitud; a medida que avanzaba la semana, mi jefe prolongaba su reclusión en el local subterráneo, dejándome la tarea de atender a los clientes, reponer mercadería vendida y llevar la contabilidad. Cuando por fin subía al nivel tierra, su expresión de agotamiento revelaba el comienzo de esa lucha que acobardó a tantos principiantes.

Me preguntaba si era necesario depender de él para escribir el guion y financiar mi primer cortometraje. Luego de varios días de ese ritmo infernal comprendí que la suerte no podía abandonarme tan rápido: allí estaba *Shuga* entre dieciocho fieras que el sábado se disputarían una pequeña fortuna en Deauville; podía ir en moto, pero necesitaba dinero para apostar. Las alternativas eran pedir prestado a Marc y convertirlo en un socio indeseable que impondría sus condiciones, empeñar la filmadora o darle el sablazo a mi amiga.

Sabía que Irene ahorra para el bebé y escondía el dinero en algún lugar del apartamento. Con esa actitud no expresaba desconfianza en el banco sino en mí, pues desde que abrimos una cuenta conjunta busca pretextos para privarme de las pocas satisfacciones que tengo en la vida. A mí me disgusta gritar o pegarle a mi mujer, pero si me presiona debo recordarle que el apartamento está alquilado a mi nombre y que resulta sumamente desagradable estar sentado allí como un intruso mientras el crío comienza a ocupar todo el territorio. Encontré el dinero tras el tabique que oculta los medidores de agua. No era una suma tan grande como para que cayera de rodillas, quejándose con gemidos cortos y agudos, palpándose el vientre deformado. En lugar de esa cara enrojecida hubiera preferido cierta condescendencia, el gesto altivo de la mujer de mundo que entrega a su amante los últimos billetes. Dudé si la evolución de la mujer continúa después del parto, al fecundarla la había transformado, matando para siempre a la joven risueña y despreocupada que conociera unos meses antes.

Llegué a Deauville al mediodía y como no encontré ningún restaurante barato almorcé una omelette en el café de la plaza principal. Allí me dediqué a estudiar artículos dedicados al gran premio de la tercera carrera, tratando de calcular las posibilidades de mi favorito. Luego caminé a lo largo de la playa, azotado por una brisa otoñal que

ahuyentó a los bañistas dejándome solo con el recuerdo de un rostro descompuesto por el llanto.

El evento había atraído a numerosos apostadores y curiosos que llegaban de todos los rincones de la ciudad para confluír en la entrada del hipódromo, transformándose en una muchedumbre compacta que se veía obligada a abrirse camino entre los vehículos que bloqueaban la puerta principal. Aunque faltaban pocos días para que terminase el verano y los visitantes exhibían una piel saludable, en algunos ojos pude observar una expresión atormentada, como si la acumulación de diversiones y de alcohol se hubiera sedimentado en una profunda fatiga.

La tercera carrera, una recta de 1.600 metros, comenzaba a las cuatro de la tarde, tiempo suficiente para comprobar que ya no cabía ni un espectador más en las gradas y que luego de observar la exhibición de los potros en el corral, debería confundirme con la multitud que se agolpaba desordenadamente junto a la valla. Mi última posibilidad de arrepentimiento residía en el paseo de los concursantes o una revelación súbita. Como el gesto del niño que se me acercó mientras hacía la cola frente a la taquilla y agitando dos billetes de 20 euros, me pidió que los apostase a ganador y placé a Minor Swing el número siete. Siempre he considerado que el siete es un excelente número, factor al cual habría que agregar informaciones más confiables para tomar una decisión, como el historial del jockey, el handicap, la cuerda de partida y un probable bloqueo de dos enemigos aliados por primera vez en la arremetida final.

De modo que sin someter la idea a una segunda reflexión, empujado únicamente por el deleite de la incógnita, puse la mitad del fajo de billetes en el siete y la otra mitad en el trece, entregué su boleta al

pequeño aventurero y busqué infructuosamente un hueco en el avispero humano que se agitaba frente a la cerca.

Pocos minutos después se largó la carrera, escuché el anuncio por los altoparlantes pues los asistentes habían constituido una abigarrada muralla que obstruía mi visión. Sólo la voz del relator informaba del combate entablado en la pista a pocos metros de los cuerpos expuestos al sol de agosto; entre esos seres unidos en estrecho contacto no existía sentimiento de comunión alguno, cada uno estaba condenado a vivir para sí mismo vociferando el nombre de su caballo hasta que fuera demasiado tarde. Su desesperación me reveló que al apostar yo buscaba una segunda oportunidad, la nueva apertura al mundo que nadie me daría jamás. Mucho antes alguien había elegido mi ruta, destinándome a continuar a tropezones como un caballo al que le pusieron orejeras para que responda mejor al látigo.

La voz que relataba la carrera aceleró su descripción, adoptando el tono angustiado del desenlace. Supe que ambos favoritos adelantaban por los costados y sentí la necesidad de gritar a favor de uno de ellos, de elegir entre *Shuga* mi primer amor y *Minor Swing*, que dirigido por un jinete más hábil aventajó a todos sus rivales, hasta que sus cascos despiadados vencieron al resto de la tropa por dos cuerpos. Durante algunos minutos permanecí inmóvil, como si estuviera obligado a elegir entre dos mujeres y el esfuerzo hubiera drenado todas las energías de mi cuerpo. Mi primera reacción fue de cólera por el fracaso de *Shuga*, por el fin de esa ilusión que me llevó a recorrer doscientos cincuenta kilómetros convencido de que por primera vez tenía una fija.

Mientras la multitud corría hacia los jinetes que regresaban en un desfile de casacas multicolores, precedidos por los fotógrafos de prensa, me apoyé en la cerca y apreté los dientes hasta que el temblor de mi cuerpo desapareció. Cuando estuve en condiciones de caminar

me dirigí al interior del edificio a esperar los resultados, sumándome a los jugadores que aguardaban frente a las pantallas.

El chico que me indujo a apostar por *Minor Swing* se detuvo a mi lado y cuando vimos que el número siete pagaba treinta a uno, nos dimos la mano como si ese triunfo compartido nos obligase a un pacto de amistad. Después me condujo a una de las mesas del jardín, proclamó sus ganancias y sonrió orgulloso cuando los presentes aplaudieron. Alguien me puso una copa de champaña en la mano y me ofreció asiento. Me sentía ligeramente mareado, o quizás fuera la emoción de haber ganado y perdido simultáneamente, codeándome por primera vez con esos especímenes que en los hipódromos de París ocupan las mesas del Jockey Club.

Como llevaba la filmadora al hombro creyeron que era un cineasta en busca de inspiración y dejé prolongar el equívoco. La madre de Lucas jamás hubiera invitado a su mesa a un vulgar librero; supe que era su madre porque tenía los mismos cabellos rubios que se curvaban contra la nuca, los mismos ojos verdes capaces de nublarse ante la mínima contrariedad. Si tenía un padre debía hallarse lejos. Demian aparentaba unos veinticinco años y estaba enfrascado en la conquista de Marcel, un joven que se resistía a abandonar la adolescencia y adoptaba aires lánguidos mientras bebía. Rolande ocultaba su edad tras una gruesa capa de maquillaje, compensaba su falta de frescura con un despliegue de joyas desviando la atención del rostro deformado por varias cirugías plásticas.

Eva jamás sonreía, se limitaba a fruncir los labios con una mueca de aburrimiento antes de separarlos para sorber más champaña. El único gesto maternal que le observé, fue un ademán de aprobación cuando su hijo sacó un billete de cincuenta euros de su cartera para volver a apostar.

- ¿Tiene un buen dato para la cuarta carrera?

-Lucas tiene mejores contactos que yo, señora. Me pregunto cómo los obtiene.

-Confiesa Lucas –bromeó Marcel-. ¿Dónde consigues tus datos?

-Suerte de principiante- afirmó Demian.

-No, simple intuición. Elegí a Minor Swing porque me gustaba el número siete –dijo Lucas, que estaba acostumbrado a llevar sus caprichos a los mayores extremos.

En eso también se asemejaba a su madre, ambos parecían haber decidido que yo les pertenecía durante el fin de semana; como un amuleto que debía acompañarlos al restaurante, al casino, aconsejarlos en las apuestas o colmar con su presencia el miedo al vacío de todo jugador. Personalmente prefiero los caballos, los olores, la tensión vital de un hipódromo, soy un simple bebedor de cerveza, me sentía desorientado junto a esa mujer autoritaria induciéndome a despilfarrar en la ruleta mis ganancias del día. En ese momento no lamenté la imposibilidad de devolverle el dinero a Irene, sólo el hecho de que Marc no estuviera presente -viéndome rodeado de ricachones- que varias botellas de champaña más tarde me condujeron a una villa frente a la escollera, haciéndome creer que era un nuevo miembro de la banda.

Era medianoche, desde la costa llegaba un quejido tenue desintegrado en el choque de las copas, el movimiento de cortinados, los ojos rasgados de esa mujer que bebía despacio, simulando el placer. Alguien puso un disco, quizá hayan sido Demian y Marcel, que luego desaparecieron en los vericuetos de la mansión o Rolande, que terminó por dormirse sobre un sofá mientras Lucas jugaba con la computadora en el otro extremo de la sala.

Cuando me invitó a bailar olvidé mis pérdidas y pensé tan solo en el cuerpo de Eva; entonces vislumbré que todos los juegos me guiaban a

ella. Intenté recordar sus facciones, pero su rostro se confundió con el de su hijo mientras la casona avanzaba hacia el mar como un enorme cetáceo moribundo.

Crucé las manos sobre su cintura, hundí mi rostro en su cuello buscando los aromas que adivinaba en el resto de su piel. La madre de Lucas atrapó mi lengua con sus dientes afilados; me separé de ella para tomar la cámara porque tuve la visión misteriosa de esa mujer retorciéndose desnuda sobre la alfombra, iniciando un ritual que desembocaba en la separación de sus muslos mientras el viento rugía sobre su bellísimo rostro impasible. Ella comprendió mi deseo y tomándome de la mano me condujo hacia la escalera que conducía a un corredor flanqueado por seis puertas. Antes de que entráramos al primer dormitorio imaginé la furia que terminaría en docilidad, el mentón sobresaliendo en la penumbra, la voz repitiendo mi nombre fijados para siempre en la película. Hubiera querido prolongar la espera, descubrir sin prisa los secretos de la mujer que giraba el pestillo para conducirme a un enorme aposento iluminado apenas por dos veladoras. En la cama que supuse vacía Marcel y Demian se estrechaban en el primer abrazo del verano.

Sus uñas se clavaron en mi muñeca para impedir que retrocediera y tuve la certeza de que no se trataba de una equivocación, en ese instante supe que Eva me destinaba a ser el instrumento de una venganza, que yo era el arma a través de la cual alcanzaría a Demian. Intentó arrebatarme la filmadora y creo que la derribé, mientras corría a la playa y vomitaba en la arena recordaba sus ojos asesinos quemándome desde la alfombra.

Las calles de Deauville estaban desiertas cuando regresé en busca de mi moto, un otoño prematuro sacudía los árboles y el sabor a bilis parecía haberse detenido para siempre en mi paladar. Atravesé un

mundo silencioso y oscuro semejante al casino, la plaza de la alcaldía, una melodía de blues que me acompañó todo el camino hacia París.

Irene dormía pegada a la cabecera de la cama. Me acosté a su lado y acaricié el vientre erguido, los hombros infantiles, ella buscó el calor de mi cuerpo sin abrir los ojos y una expresión de ternura distendió su rostro. Marc también sonrió cuando regresé al trabajo. Las pocas personas que me conocen saben que soy un hombre sencillo, bebedor de cerveza y que de vez en cuando pierde un par de billetes en el hipódromo porque leyó que *Shuga* vuelve a correr.

HIJAS INSPIRADAS

ESPEJOS ROTOS

Quiso arrodillarse a su lado para pedirle perdón pero una brisa cálida sacudió las ramas de los eucaliptos y tuvo miedo de que los murmullos del jardín se infiltrasen en su sueño. Su madre dormía junto al escritorio, rodeada de fotografías que la guiaban hacia un cuerpo líquido en el que se hundía mansamente, como los enfermos que gozan del momento en que la aguja se clava en su carne porque anuncia un mundo indoloro.

El perfume a bosque le recordó otros veranos, esa vigilancia inicial que se transformó en un hábito asfixiante cuando la adolescencia la indujo a fugarse durante períodos cada vez más prolongados. En algún momento descubrió que se había iniciado una transferencia de fuerzas, y en lugar de alegrarse por ese envejecimiento que sólo respetaba el color de sus ojos, se aterró ante el presagio de su propia desaparición. Hubiera querido rogarle que no cambiase, impedir que la orgullosa guardiana de su infancia hiciera concesiones a la muerte. En algún momento su madre esbozó una sonrisa: los músculos se distendieron y se abandonó a sus sueños, ignorando que su resistencia no duraría más que una siesta de verano.

Marion adivinó que más allá de la oscuridad reconstruía el pasado. La vio entrar al teatro con los hombros echados hacia atrás y el gesto de soberbia que perduraba en las fotografías expuestas a su lado. Mirándola dormir le era fácil superponer a su rostro el recuerdo de otras imágenes, la expresión de tolerancia que adoptaba cuando volvía con

los pantalones rotos y las rodillas ensangrentadas; entonces sus carnes eran llenas y en su cuello perduraba un rastro de perfume que se desvanecía con el eco de sus palabras mientras Marion se escondía a leer en el desván las tardes de lluvia.

Luego, la piel se ensombreció alrededor de sus ojos y su voz adquirió una tonalidad más áspera como si se hubiera gastado. En esa época comenzó a asistir a los ensayos y esperarla en el camerino; a su padre no pareció importarle que lo suplantara y comenzó a delegar en ella las labores que el amor le impusiera en su juventud. Ese fue el período de monólogos furtivos, mientras memorizaba los parlamentos le parecía que el rostro de su madre –no el actual, sino el que la cubría veinte años atrás y máscara adaptable a toda circunstancia- se superponía al suyo transformándola en Liubov Andreevna o Desdémona.

Apenas iniciaba una escena trataba de suplir su falta de preparación recorriendo el apartamento de la ciudad a grandes trancos hasta que el agotamiento y las flaquezas de su memoria la precipitaban a un temblor helado. El intento de asemejarse a su madre o transmutarse en ella fracasaba diariamente, de modo que cuando llegaba la hora de dirigirse al teatro la seguía con un sentimiento de derrota, como la parienta pobre que ni sabe lucir las ropas que le regalaron por lástima. Pasó mucho tiempo observándola, una noche, mientras la ayudaba a cambiarse, la escuchó hablar como lo había hecho desde el escenario y comprendió que nunca podría ocupar su puesto porque ella misma era un fantasma, la sombra de otras mujeres que la guiaban a una breve experiencia indolora y medida. Creyó que su madre era incapaz de vivir pasiones que no estuvieran previamente determinadas sobre el papel, que antes del amor esperaba el hastío y durante el goce el dolor: sus sentimientos fueron fijados de antemano y le era imposible apartarse del texto.

Espiándole su sueño recordó todos los papeles y vestidos, momentos de éxtasis y muertes trágicas, monólogos en los que heroicamente se opuso al avance de la barbarie y la melancólica locura de la doncella condenada al naufragio balbuceando una última confesión. La actriz se volvió a un lado y tragó saliva, su hija observó las gotas de transpiración que brillaban en sus sienes, el vaivén del tórax bajo la sábana y pensó que siempre fue la última en conocer los cambios de su cuerpo. Durante demasiado tiempo los engañó a todos con disfraces, cambios de voz, su don de mimetismo, debe haber calculado los colores que más la favorecían, la intensidad de la luz, utilizando contra su familia y amigos los instrumentos del oficio.

Un rubor coloreó las mejillas de Vera y el sofocante hálito vespertino se encarnizó en su cuerpo indefenso. Buscando sustraerse al aire cálido giró boca abajo y con los brazos plegados a ambos lados del pecho, las manos paralelas a la cabeza. Sus vibraciones continuaron actuando sobre su hija o quizá se debiera a que los ecos de todos los personajes que interpretó resonaban en su memoria. Como persona había adoptado voces y gestos ajenos de tal manera, que una simple palabra despertaba en ella reminiscencias que dictarían su conducta. Marion se había habituado a clasificar sus reacciones como Tennessee Williams, Chejov, Shakespeare o Molière; mientras *El jardín de los cerezos* despedía un perfume decadente que le permitía moverse con insolencia de aristócrata arruinada, *Un tranvía llamado deseo* estaba impregnado de esa brutalidad animal a la que apelaba en momentos de cólera, sabiendo que la situación exigía ademanes canallescros y vulgares.

Giovanna creó en ella el impulso Brecht, el desprendimiento de la heroína dispuesta a sacrificarse en defensa de un mundo condenado y después se transformó en Lady Macbeth: mil rostros falsos ocultos por

uno solo; la joven de jean y cabellera rubia sólo pudo oponerle un cuerpo y su voz. Vera se negó a reconocer que envejecía, los aplausos la habían persuadido de que el escenario le acercaba una juventud eterna y que su control sobre el paso del tiempo la seguía más allá de las candilejas, cubriéndola de una aureola resplandeciente.

Se presentó en el despacho de su marido dispuesta a improvisar un papel, circulando entre los escritorios de los abogados como si fuesen parte de un nuevo decorado que debía invadir para dominar al personal con su presencia. Un perfume dulzón seguía sus pasos, la secretaria admiró el abrigo de visón, el elegante vestido negro, las pulseras de oro marcando sus movimientos con un suave campanilleo. Su hija asistió a la seducción y el soborno, la observó leer el expediente y fotocopiar los documentos permitiéndole conocer a fondo el papel de su adversaria. Desde el principio Vera creyó que se trataba de un personaje ficticio, un obstáculo transitorio en su vida con ese hombre obligado -por su condición de marido- a la disponibilidad y servicio.

Marion observó sus maniobras en silencio, acababan de festejar sus dieciocho años en un restaurante, rodeados de actores y directores de teatro. Vera había decidido que sus amigos no eran dignos de acompañarla y decidió la lista de invitados. Fue una larga cena en la que comieron, brindaron en su honor con champaña y terminaron invadiendo la sala vecina. Alguien encendió los reflectores y su madre subió al escenario como una reina que regresa a su trono, desde allí miró a Daniel y estuvo a punto de atacarlo; buscó en su memoria y sin hallar parlamento alguno que le diera la posibilidad de ponerlo en ridículo y reconquistarlo. Por primera vez en su vida calló, tuvo miedo de su propio silencio, desapareció entre los decorados abandonándolos a su celebración.

Ahora duerme acurrucada, como si el sufrimiento se hubiera acumulado hasta reducirla a niña gimiendo en sueños, los parpadeos anuncian la llegada de un nuevo suplicio, el vuelco hacia una región de cristales filosos en la que buscará en vano un instante de paz. La enfermedad la ha convertido en un ser dependiente y cobarde aguardando aterrorizado el próximo latigazo; una sonrisa lastimera vestigio de alguna obra vuelve porfiada a su rostro.

No hubiera debido seguir a Daniel y Giovanna. Horas más tarde cayó una suave garúa y cuando por fin ellos salieron del Hotel, Vera se escondió atrás de un árbol para que los amantes no descubrieran su maquillaje arruinado por la lluvia y el llanto. Esa noche hubiera querido enterrarse en una casa sin luz ni espejos, pero estaba obligada a regresar al teatro y simular ante los reflectores un entusiasmo inexistente.

Marion la encontró leyendo los documentos, buscando una flaqueza que le permitiera deshacerse de Giovanna. En la acusación no había sin embargo pruebas que la condenaran salvo el hecho de haber tenido la oportunidad de haberse llevado la alhaja. La mujer que la había empleado como secretaria y dama de compañía era categórica en sus afirmaciones: luego de la fiesta dejó la joya sobre la mesa de luz con la intención de guardarla en la caja fuerte, una llamada la obligó a abandonar la habitación y cuando regresó el broche de piedras preciosas había desaparecido. Sólo Giovanna tuvo acceso a su dormitorio y la demandante -una tal señora Stern- sostenía que todos los invitados habían partido antes de su conversación telefónica. Aunque la fotografía del seguro y las pericias técnicas eran explícitas, ni las investigaciones policiales ni la búsqueda realizada por el despacho de abogados permitieron recuperar la joya. Giovanna era la única sospechosa y su habitación había sido registrada sin resultado.

Nadie acompañó a Vera al apartamento del joyero; su hija reconstituyó la acción porque para regalo de cumpleaños había elegido un anillo de oro con un enorme topacio y ambas visitaron al Sr. Lewinsky en su humilde dos piezas. Mientras dibujaba diferentes engarces para sostener la piedra preciosa, las gastadas mangas de su abrigo se levantaron revelando muñecas esqueléticas, el número tatuado en el campo de concentración. Lewinsky, que trabajaba en forma clandestina y conservaba un fuerte acento alemán, era capaz de crear o modificar cualquier joya si le pagaban bien. Marion la imaginó penetrando en el círculo de luz trazado por la lámpara, iluminando la mesa de trabajo con su abrigo de piel y su mejor expresión de inocencia en el rostro. El viejo debe haber parpadeado con admiración ante la complejidad de la obra, es posible que haya reconocido el diseño de una de las mejores joyerías de la ciudad. La suma que le ofreció Vera por su trabajo y silencio habrá encubierto sus objeciones.

El plan de su madre no se limitó a encargarse una copia perfecta de la joya, pues luego tuvo que esconderla en la habitación de Giovanna. Seguro que regresó al apartamento, se sacó las medias de nailon, los zapatos de taco alto y el traje; luego debió haberse puesto el jean gastado de Marion, una camisa blanca de algodón ordinario, un par de zapatos deportivos y un cinturón de tela azul. Un maquillaje esmerado y la peluca rubia que guardaba como recuerdo de Ofelia completaron la transformación, modificando su imagen de tal manera que a cierta distancia hubiera podido pasar por su adversaria. Alguna argucia debe haber empleado para entrar al apartamento de Giovanna y ocultar la joya, de tal forma que la policía pudiera hallarla en el segundo allanamiento.

Todo sucedió tan rápido que Marion tuvo que limitarse a recrear sus acciones, puesto que no había guion y la protagonista ocultaba su

rastró. Sólo dos ojos seguían sus movimientos, los mismos que desde la infancia espiaban cada gesto y palabra de su madre con la esperanza de suplantarla un día en su espacio de gloria.

La semana siguiente, las lluvias se volvieron un viento helado que arrastraba las hojas secas hacia las alcantarillas. La compañía estaba ensayando una obra de Neil Simon con la cual proyectaba realizar una gira por el interior del país y Vera estaba encantada de aplicar sus dotes a la comedia. Durante el desayuno comentaba con entusiasmo los preparativos, las respuestas ingeniosas del guion y vestuario; sólo Marion parecía notar los ojos insomnes, la falta de apetito de su madre y una zozobra que dibujó una mueca ausente sobre su rostro.

Un día Marion se presentó en el despacho de abogados y lo arrancó a sus expedientes. En el restaurante Daniel dedicó toda su atención a la botella de vino; aunque ninguno de los dos pronunció el nombre de Giovanna, la carne se enfrió en su plato y ella comprendió que su padre había iniciado un exilio interior cargado de combates perdidos. Tuvo entonces la revelación de lo que serían sus próximos años, comprendió que no habría casa en la playa ni estrenos que lo retuvieran. Sólo un declive pronunciado, un cansancio profundo, el zumbido del televisor que sigue encendido al terminar la transmisión. Hubiera querido explicar la conducta de su madre o interceder por ella; se limitó a escribir la dirección de Lewinsky en un papel dejando que su instinto hiciera el resto. Le bastó su mirada de agradecimiento y la certeza de haberlo salvado de una servidumbre atroz.

Giovanna esperó en el taxi mientras Daniel empacaba. Marion protegió su cuello con una gruesa bufanda para que el frío no afectase su voz y lo ayudó a bajar las valijas. Ignoró la presencia de Vera en la ventana mientras se despedía de su padre, el estrépito de muebles volcados al subir la escalera, los espejos rotos cubriendo el piso de la

sala cuando corrió a salvar el guion del fuego. Sabía la pieza de memoria y pudo reemplazar a su madre durante el largo período de hospitalización que precedió a su retiro. Allí donde el vidrio había martirizado su cuerpo surgieron las cicatrices rojas incrustadas en la piel; en sueños acostumbraba a pasar una mano sobre su mejilla, como si se negase a aceptar el deterioro de su imagen y buscara un desmentido a su memoria. Se detenía en el relieve surcando su rostro y sollozaba ignorando si al despertar recuperaría los miembros sensuales de su juventud o se vería condenada a descubrir un despojo sin redención y ajeno.

Marion contemplaba el paso de las sombras sobre su rostro. A veces refrescaba, el mismo estremecimiento las sacudía a ambas y era ella quien corría a cobijarla evitando que el viento la mortificase. Luego cerraba la ventana impidiendo que las risas de los vecinos perturbasen su reposo y se sentaba junto a la cabecera, vigilante, sumisa. Su madre esperaba la llegada del atardecer como si el tropel de los niños en la calle pudiera anunciarle el final de otro día, los veranos comenzaban a asemejarse haciéndose más previsibles y concentrados.

Preparó la inyección, dispuso las fotografías que cubrían el escritorio en orden cronológico para que al despertar no se sintiera perdida en la habitación en penumbra. Ambas decidieron vivir en una casa sin espejos y se maquillaban mutuamente mientras repetían los parlamentos arduos, indiferentes al paso de los turistas que se dirigían al casino. El tumulto exterior debía detenerse en el jardín respetando el orden inmutable de todo escenario y esa noche estrenaban *El jardín de los cerezos*. Marion encendió los reflectores que había colocado en los extremos del salón, abrió el armario y escogió dos vestidos, dispuso los muebles para las primeras escenas respetando la voluntad del autor

cuando describió el cuarto de los niños. Su madre exigía eficiencia y virtuosismo cuando se trataba de Chejov y al despertar la llamaría Ania.

PUNTOS DE FUGA

Si diera un salto atrás e intentase hacer memoria, recordaría cada etapa de su pasado como un esfuerzo continuo por sacar la cabeza fuera de ese pozo oscuro. Los túneles siguen allí, iluminados apenas por haces regulares y ella continúa presa de rumbos equívocos, confesiones avergonzadas, sendas que se pierden en sus pesadillas. Si fortalecida por esa veteranía quisiera volver a su niñez, como el preso que añora a su celda, escuela, maestros, castigos de la infancia, todo le sabría a pequeño, a espada que pierde filo.

Tiene un desagradable sabor en la boca, como si se hubiera dormido después de hacer el amor y un gusto a semen se le hubiera adherido al paladar. Se conforma con rodar la lengua chasqueándola entre los dientes, sorbe esa saliva de amores viejos y se dice que hoy, igual que ayer, el maestro hará de ella lo que quiera. De pie, las manos enlazadas, sentirá crecer el peso de sus brazos, la transformación de su cuerpo en una masa informe. Cuando sus párpados se cierran al cálido aire del mediodía tratará de olvidar la sed, el hambre y los miembros entumecidos. Entonces escuchará el murmullo de la calle, una amalgama de conversaciones y frenazos, algún *ça alors!* de la vecina; pese al calor de julio permanecerá de pie, ahogándose en un vestido de terciopelo negro mientras el hombre la mira con ojos de profeta alucinado.

Laurent se obstina en pintar una expresión de dulzura en esa cara que ha nacido para morder y ser mordida. Con sus tratados de pintura, óleos y reproducciones, su lento ascender y descender escaleras, con esa manera de contar las últimas monedas para comprar una botella de vino es una vieja biblioteca, un libro amarillento, una vela gastada y

derretida. Ella tampoco es una virgen florentina; quizás prefiera su locura a la de estos burócratas que recorren el metro, rostros iguales ayer y hoy, ojos apagados que él quisiera iluminar con sus absurdas telas. Algún día se atreverá a decirle que todo terminará tras muros de museo y su tristeza quedará en los intentos ajenos por apropiarse de su delirio, siempre que rinda, que produzca y no se consuman como él en fuegos fatuos.

Para él es poco más que una muñeca de cera: materia maleable de sus fantasías, la gran prostibularia con la que sueñan los hombres solos. Esa mujer que hoy sigue pasivamente sus caprichos y mañana podría dominarlo transformándolo en un niño obediente. Los súbitos cambios de luz la ciegan, al salir del metro sintió un escozor, una lumbre que se apagó al llegar a la superficie. Debe escalar los seis pisos como quien inicia una peregrinación, desvestirse, preparar la pose. El maestro se niega a contemplarla mientras se desnuda, le desagradan sus jeans, sus camisetas de algodón, los grandes aros que cuelgan de sus orejas. El la imagina obesa, tendida bajo los olivares, acariciando al niño Jesús y si algo odia en ella es la solidez de ese cuerpo que nunca ha parido. La falta de sol le ha dado una curiosa palidez, como si su piel fuera más vulnerable de tanto vivir en mundos subterráneos, no es fragilidad lo que la eleva sobre las piernas duras y tiende los músculos de su cuello en desafío.

Laurent la observa con el pincel suspendido en el aire, inerte como el tránsito de las palomas junto a la ventana cuando un sonido las detiene en pleno vuelo. La mujer de su retrato vive fuera de él, se niega a pertenecerle, hiende el espacio y se aleja. Quitarle los pliegos de terciopelo que en las horas de pose ocultan nalgas despiadadas y hombros ligeramente manchados de pecas, es transformarla en una desconocida. Quisiera dulcificar ese rostro, cambiar el tono de su voz.

Hacia mediodía, el cerco de nubes que rodeaba a la buhardilla comienza a dispersarse, mientras un cielo de pureza marítima y fugaz se instala en la habitación atravesando los ventanales, posándose en la harapienta tela del sillón.

Es ese vestido lo que se interpone entre ambos, lo habrá conseguido en el mercado de las pulgas una mañana de domingo y seguro dudó entre varios modelos procedentes de algún teatro. Fabiana lo imagina deslizado unos dedos tímidos sobre el terciopelo, retrocediendo en el tiempo mientras a su lado una joven trata de introducir sus piernas desnudas en un pantalón, los oídos acribillados por un iPod.

Basta con que se lo ponga para que ambos se transformen y sea él quien ordene poses y silencios. Mientras su modelo permanezca en jeans, despeinada, los aros balanceándose a ambos lados del mentón, conservará la posesión de su cuerpo. En cuanto dome su melena con una raya al medio, dos finas trenzas rodeando la frente, el resto del cabello cayendo en bucles sobre la espalda, la voluntad del pintor se adueñará de ella borrándole hasta el nombre.

Fabiana se aproxima a la tela con el pecho desnudo y acerca un puño amenazante a su propio rostro, el pintor aferra su muñeca y la mira atónito, titubeando entre el golpe o el abrazo. La otra mujer se interpone entre ambos; quizá les hable en un lenguaje distinto, de modo que si el artista sueña con ella incesantemente, la modelo se mira en el cuadro buscando a su doble, acecha toda modificación que pueda convertirla en otra mujer diferente: su enemiga y madonna de rostro bondadoso.

Tenerla a su lado semivestida es más tentador que si estuviera pintando un desnudo y la modelo mantuviese la posición lánguida o forzada que inventó para ella. En esos momentos no la desea, menos importa quién paga o quién cobra. La inmovilidad del objeto pintado y la actividad del pintor son complementarias, al rendirse ella a su forma

de recrearla, al transformarla él en objeto que depende de su visión, pintor, cuadro y modelo se convierten en una *Gestalt*. Si mañana desapareciese para siempre, de su paso por la ciudad sólo perduraría esta imagen. Mientras tanto, el cuerpo tendido o elevado en un esfuerzo le pertenece a tal grado que no necesita tocarlo; es suyo para siempre, así, de esa manera, para cólera y despecho de ambos.

Fabiana en jeans es otra persona extraña e ingobernable. Su mano extendida se arquea y lucha, los dedos curvados para atacar, las uñas se acercan a su boca siguiendo el contorno de la barba, descienden hacia los botones de la camisa azul. Él se limita a posar los dedos voraces sobre su pecho, tocarse es comenzar a verse más allá de la imagen falsa que tienen de sí mismos, aunque acariciándose de pie en el centro del taller ambos desconfíen más que nunca del extraño que se aproxima.

Intenta convencerla de que se ponga el vestido y Fabiana se lo arranca con furia de las manos, puede que haya decidido que hoy será ella quien imponga las poses y lo tiranice. Su boca lo evita, sus manos bajan el pantalón, la pelusa rubia que se enreda en su pubis asciende hasta el ombligo en un hilo delgado. Su madonna está desnuda en el centro de la habitación, parada sobre el traje de terciopelo como si quisiera mancharlo definitivamente, si lo desgarrase con un movimiento de los pies su cuadro quedaría inconcluso. Para alejarla con delicadeza no le queda más remedio que abrazarla, dejarse morder aunque su instinto lo impulse a liberarse, desempolvar el vestido, colgarlo amorosamente sobre el sillón.

Tendido de espaldas deja que le quite la ropa y se vuelque sobre su cuerpo, todos los sonidos se han detenido: el aleteo junto a la ventana, el chirrido de neumáticos en la calle, el estrépito de cacerolas en el apartamento vecino. Sólo se escucha un rumor de manos náufragas y

respiraciones agónicas, el quejido de Fabiana besándolo, oliéndolo, hundiendo los dedos en su espalda para clavarse en él. Aunque no quisiera moverse ni sentir placer gime cuando la mujer se arquea hacia atrás, pone las manos en su cintura y empuja, trata inútilmente de dominarla, pero cuando llega sorprende en sus ojos la satisfacción de haberlo sometido.

Ella se estremece ligeramente y se acuesta boca abajo, la cabellera castaña cae a un lado, ocultando la nuca, los rayos de luz parecen haber perdido sus reflejos azules y cubren el cuerpo femenino de un aura rojiza, que se vuelve incandescente cuando alza los brazos para taparse el rostro. Laurent seca de un manotazo la correntada de semen que le moja los muslos, ahora desea que lo acaricie y apoye su mejilla en su hombro, que lo absuelva. Compara sus piernas delgadas velludas con la delicia que bajo las nalgas desciende en muslos torneados, venas de un azul verdoso en el pliegue de las rodillas lunares, la peca circular llameando entre pantorrilla y muslo.

Ella permanece silenciosa. ¿Qué otra opción tiene ese objeto que muere y renace bajo su pincel si no es plegarse sobre su sexo y quemarlo en él? Es su venganza, usarlo como él la usa, abandonarlo como él la abandona, violentarlo definitivamente con el goce. El deseo de tocarla nuevamente lo ahoga, lleva una mano de la mujer a su boca, la besa, se acaricia con ella los cabellos, la barba, las costillas, buscando en la memoria de un amor extinto la frase que lo redima de su desprecio. De su adolescencia sólo le queda un sabor a cosas muertas, desliza una palma tímida sobre la espalda hostil y se deja humillar por su odio.

Fabiana se levanta y se detiene junto a la tela inacabada. Las nalgas en tensión, los pies hincados en el suelo, se contempla sin reconocerse, compara su cuerpo desnudo y sudoroso con el rostro sereno de la

madonna, su espeso ropaje invernal, la vegetación profusa y aterciopelada que emerge tras las carnes plácidas, su propia imagen en el espejo cuando se viste y vuelve a posar bajo la dura luz de julio.

Amélie deja el pan y la botella de leche sobre la mesa, besa una mejilla barbuda, hace muecas para provocar una sonrisa en la modelo inmóvil. Sus compañeras de estudios han desaparecido en las granjas de los abuelos, en viajes que rememorarán al comienzo de las clases con complicidad que la derribará sin fuerzas en el patio, muda y solitaria. Ya se detendrá ante el cuadro cuando los gatos comiencen a maullar y los últimos resplandores de la tarde se pierdan en una nube cenicienta, entonces estará sola con los crujidos de la madera funeraria que gime en los corredores y ese tenue fulgor nocturno que se alza en el apartamento, interrumpido apenas por destellos de otras ventanas. El alarido intempestivo de un televisor, los altercados de los vecinos, un frenazo en la calle: sonidos de un barrio que durante el verano vive a puertas abiertas, invadiéndola con memorias ajenas, rencores que nunca serán suyos.

La niña observa su botín en la penumbra, intenta penetrar en el misterio de esa obsesión ajena que todo lo invade y la noche no trae respuesta. Hay allí un rostro semejante a los que encuentra en la calle, sin historia ni recuerdos comunes: vestido anacrónico, expresión ingenua y más allá del color, las luces y sombras, del cuerpo que lucha contra la asfixiante vestimenta, el intento del hombre por atrapar el misterio de la vida. Si ese esfuerzo se perdiera sería inútil vivir, fabricar pan todos los días, barrer las calles, seguir un recorrido idéntico para que las funciones del organismo prosigan dóciles hasta la interrupción súbita. En el espacio de luz que entra por la ventana estira un brazo y lo superpone a la pintura: su miembro tiene el contorno, el volumen, la rugosidad de una materia efímera pero viva. Los colores con que la

naturaleza dota a la carne verdadera, las oscilaciones del neón ponen en evidencia el contraste de su carne con los óleos, su peso y calor. Parada en el centro de la habitación, Amélie se siente parte de un gran cuadro que palpita, del genuino.

Laurent bajó por el bulevar de Montparnasse acechando las manos que del otro lado del vidrio ascienden a las bandejas de mariscos, le parece sentir el crujido del hielo derritiéndose, el silbido del limón cayendo sobre la masa gelatinosa, el chasquido de una lengua contra un cuerpo estricto; y ese vino remanente en un recodo del paladar, convirtiéndose en cuerpos desnudos que corren por la playa, lodo, sal. Quisiera abandonarse a los aromas como un marino extraviado en la niebla, sin paisajes impuestos a su memoria, sensible apenas al vago perfil de edificios que se yergue a ambos lados del bulevar como la resaca de sus pesadillas, reconocible en la bruma, amenazador bajo los resplandores diurnos.

Como es desdibujado el rostro de esa mujer que ríe; a través de la cortina observa los pendientes que se balancean a ambos lados de la boca golosa, la cabellera enredada sobre una camiseta de algodón azul, la mano que golpea en la ventana dos, tres veces. Atraviesa la puerta que le estuviera vedada y estudia el choque de las sombras contra las mejillas sin consistencia, el cuello hundido entre los hombros, las manos diminutas que se encarnizan en rascar hasta el último trozo de molusco. ¿Qué imagen ofrece él al mundo? El flujo ininterrumpido de los pensamientos que lo torturan debe reflejarse en muecas de disgusto, sonrisas irreprimibles, espanto del insomnio que continúa atormentándolo durante el día.

La bandeja de ostras se yergue en el centro de la mesa como un sueño realizado. Laurent se une a los comensales, acepta la invitación del desconocido que, de vez en cuando, detiene su gesto en el aire para

contemplar una pulpa temblorosa, húmeda como un sexo de mujer. Mientras se concentra en el rítmico entrechocar de sus mandíbulas y el remanente de agua empantanado en una almeja escucha al hombrecito que insiste en conservar para siempre ese cuerpo magnífico.

-Querido, Monsieur Foucault te ofrece una suma tentadora y a mí también –dice Fabiana, bebiendo lentamente su champaña.

Vacía una ostra y sorbe el jugo atenta a su placer. Laurent la imita, hincando el tenedor en la pulpa: unta un pan con mantequilla, bebe el vino helado, repite la operación paladeando los sabores que demora en su boca. Su anfitrión espera una respuesta, los labios entreabiertos, las manos apoyadas de plano contra la mesa.

-Así es, maestro. Desde que vi el retrato de Fabiana no pienso más que en ese desnudo. Lo necesito, me hace falta para continuar viviendo, pero no quiero que lo pinte por lástima ni por el pago únicamente. Estoy convencido de que una vez que haya comenzado mi obsesión será la suya, reconozca que la belleza de su modelo lo merece.

-Usted no comprende. Si yo pintase un desnudo de Fabiana, la visión de su cuerpo invadiría mi taller, mis pesadillas, terminaría por devorarme.

-Piénselo bien, amigo. Su precio será el mío, si acepta mi oferta tiene un mes para terminarlo. Lo invitaré a almorzar una vez por semana en este restaurante, usted me contará sus progresos y no lo veré hasta que esté terminado. No podría soportar la visión de esa piel incompleta, de ese rostro surgiendo poco a poco sobre la tela, sería como ver su cadáver en estado de descomposición.

-Actualmente estoy pintando otro cuadro, tendría que postergarlo. No sé... debo pensarlo Monsieur Foucault. ¿Qué te parece, Fabiana? ¿Lo hacemos por el arte? ¿Por la posteridad?

-Me cago en la posteridad, querido. Sólo me interesa el dinero.

El hombrecito rasca un trozo de molusco, estudia al pintor que continúa titubeando y alza la vista más allá de la ventana como si buscara una respuesta en los turistas que recorren el bulevar. Aunque al hundirse en el pozo del metro Monsieur Foucault llevaba un pantalón color crema y una camisa blanca, Laurent lo recordará vestido de negro, un rayo de luz iluminándole la calva mientras estira dos brazos muy largos desde el otro extremo de la mesa.

Del trayecto de regreso sabe que apretó el interruptor y observó las caderas de la mujer precediéndolo en la escalera, las diminutas gotas de sudor titilando en la luz, el fragor del vino latiendo en sus pupilas cuando se volvió para abofetearlo. Lava el sabor a limón y arenilla adherido a su paladar con un trago de vino mientras ella estudia en el espejo la silueta que se estira en puntas de pie, como si quisiera elevarse más allá de todo límite ahora que la bruma comienza a borrar el contorno de las buhardillas. Los sabores continúan mezclándose en su paladar cuando Fabiana se desnuda junto al caballete: ya no es su cuerpo sino la luz dividiéndose en mil partículas policromas, el cabello partiendo el espacio, sus manos colocando una hoja de papel sobre la mesa guiándolo para que, en el aire cada vez más irrespirable, surja la pose del cuadro tan odiado.

-A veces sueño que escapo –dice Monsieur Foucault-. Alguien me persigue a través de un largo corredor y las tinieblas me impiden ver su rostro. Continúo corriendo, chocó contra una pared, me vuelvo y al intentar defenderme estiro un brazo, arranco un miembro a mi adversario. Lo llevo a mi boca, lo muerdo: al abrir los ojos comprendo que era una rata, siento que la pata continúa rasguñando mi garganta.

Monsieur Foucault toma una ostra delicadamente, la vacía y sorbe el jugo. El mozo se aproxima con un Sylvaner, muestra la etiqueta al

hombre que paga aguardando un gesto de aprobación, sirve y hunde la botella en un balde. Ha vigilado cada uno de sus gestos esperando a los seudópodos que le arrebatarán la comida, las garras que le apretarán la garganta y la pesadilla recurrente que terminará por amenazarlo con terrores ajenos. ¿Cómo explicarle que cada cuadro es la carrera de un borracho que ignora la forma en que llegó -calado por la lluvia y temblando de frío- al lugar en el que ha caído?

Laurent mastica lentamente y se somete al interrogatorio con los ojos llenos aún del cuerpo en reposo. Cada vez que Monsieur Foucault dice “nuestro desnudo”, “nuestra modelo” quisiera ser la rata que lo persigue en sus desvaríos, robarle la tela que algún día colgará en su casa, desgarrar sus pálidas carnes con arañazos paralelos. La imagen de Fabiana ocupa de pronto el centro del restaurante, apoya una mejilla sobre el hombro izquierdo y se acaricia el pubis mientras lo espía tras la neblina del sueño. Acostada boca arriba, la cabellera desplegada sobre el brazo del sofá, sus ojos hipnotizándolo desde la cima de una espalda arqueada, estira un brazo en su dirección; es así como quisiera pintarla, vencida por un cansancio que no logra apaciguar la furia de su mirada.

Abandona a su cliente y se precipita al metro Vavin mezclándose entre turistas mientras el obscuro fulgor de la mujer flota boca arriba en el vagón destilando un olor a cuarto de enfermo y aserrín. ¿Se perfuma el cuerpo de Fabiana si el calor la envuelve? ¿Huele su sexo cuando se llena los muslos del cielo color grosella y su mano derecha baja a palpar el surco encendido?

Laurent sube la escalera ansioso de robarle la imagen con que lo somete y la encuentra perdida en la niebla del sueño, boca arriba, la cabellera cayendo sobre el brazo del sillón, los ojos hipnotizándolo desde la cima de una espalda arqueada. Mientras habla se acurruca

hasta quedar en posición fetal, el rostro oculto contra las rodillas, de la mujer hostilmente plegada sobre sí misma puede distinguir las zonas de piel, los pies descalzos, la respiración de niña que una pesadilla aísla en sus terrores.

Ella permanece abrazada a sí misma como una criatura desvalida hasta que Laurent se afana en la cocina y un aroma a jamón tostado invade la habitación. Entonces se incorpora, se sienta a la mesa y espera que le sirva los huevos revueltos con jamón, el vino, el pan recién cortado. Ni siquiera el alboroto de las palomas la distrae de su ferviente entrega, con la espalda erguida unta mantequilla en el pan, bebe una copa de vino, hace caso omiso del hombre que dibuja junto al caballete.

Un rubor alcohólico se extiende sobre la piel de la mujer que ahora yace boca arriba. Fabiana mantiene los ojos cerrados cuando las manos del pintor estiran sus brazos hacia atrás, modelan la curva de sus caderas hasta que el trazado de la frente a los tobillos dibuja la línea exacta de esa figura que recuerda extraviándose en un punto de fuga más allá del sol.

- ¿El cuadro avanza?

-Trabajo en medio de una nebulosa, sé que al final de esta ruta hay un desnudo que será tan nuevo para mí como para usted ya que nadie más hubiera podido pintarlo. Sólo yo, es por eso que vacilo y me asusto.

-Más asustado debería estar yo, que soñando con ese cuadro e imaginándolo diferente cada noche sufro al pensar que nunca será como yo quiero, ni como usted quiere, sino como lo decida ella con sus cóleras y sus caprichos.

-Su comida se enfría, amigo.

El fraseo de Billie Holiday se entrega a las sombras de *Gloomy Sunday* en un apartamento vacío. Amélie titubea ante el cuadro con olor

a óleo y trementina, escudriña los planos de carne desnuda, la melena vibrando bajo unos ojos desorbitados, el vello púbico en el centro de la mirada y tampoco ella puede evitar que ese cuerpo inconcluso pueble sus noches de apariciones. Hace casi un mes que esa mujer se ha instalado en su apartamento dictándole deberes y sumisiones, obligándola a una existencia fantasmal. *Dearest the shadows I live with are numberless.*

Amélie palpa sus formas esbeltas, su rostro de colegiala en falta y los pezones erguidos bajo el camisón de batista. Debe confesar que prefiere la época en que hallaba a su padre acompañado de una virgen florentina que desaparecía al anochecer; ahora, cada vez que entra al apartamento se encuentra con esa mujer desnuda en el sofá, debe caminar en puntas de pie hasta su cuarto, hacer las compras, preparar la cena para la princesa que se embriaga a las seis. Durante la noche escucha ruidos extraños, los estertores de una lucha en la habitación contigua, un quejido que muere en notas discordantes. Al día siguiente su padre vuelve a la esclavitud que lo retiene horas de pie, acercándose y alejándose del caballete.

La angustia su destino de niña sumisa, la certeza de saber que más allá de esas paredes nadie puede auxiliarla. Mientras pone la mesa y corta el pan guiña los ojos a la luz, siente el canto de los pájaros que vuelan entre los tilos, cree escuchar el golpeteo de las jarras de cerveza en los cafés. La sangre se agolpa en sus mejillas cuando escucha las pisadas de Fabiana, sin volverse adivina que se ha detenido junto al caballete. Su cuerpo exhala un perfume a sándalo, el mismo olor que poco a poco invadió el apartamento impregnando las ropas, las sábanas, la carne de quienes combaten con ella por ese diminuto espacio de vida cotidiana.

Creo que me he acostumbrado a andar desnuda, piensa Fabiana. Quizás se deba al calor, al estrangulamiento de saber que este desnudo mío estará a la vista de todos y al verano que avanza inexorable. Cuando el cuadro esté terminado será otoño, volveré a sufrir frío y hambre; aunque me vea obligada a irme ellos permanecerán aquí, amándose en contra mía, instalados en esta vida de certidumbres y metas compartidas. Las carnes de mi otro yo se redondean y afirman, crecen a mis expensas. También ellos se nutren de mí, se ganan la vida a mi costa o a costa de Monsieur Foucault. Cuando el cuadro esté terminado ¿qué será de mí? ¿A dónde iré? Regresaré a los túneles del metro, caminaré por las calles de París, posaré para pintores y fotógrafos hasta que este cuerpo se degrade y sólo resten las imágenes vendidas, ajenas para siempre.

-Papá, dile que al menos se vista para almorzar.

- ¿Por qué debería vestirme? ¿No es gracias a mi cuerpo que ustedes comen?

La modelo se ha detenido desafiante junto a la mesa. Amélie preparó una ensalada, papas hervidas, pollo al horno, el *brie* ha comenzado a derretirse sobre la tabla de madera y una sombra tánica vela las paredes de su copa. Del *Haut-Médoc* que Laurent le ha servido durante la mañana no queda más que un fondo, suficiente para el último trago de la mujer que bebe desnuda junto al ventanal.

-Otro *Déjeuner sur l'herbe*. Tendría que haberla pintado así, comiendo desnuda junto a una mesa llena de manjares, rodeada de seres cuya vestimenta hubiera parecido obscena a su lado y la luz inundándolo todo, descomponiéndose en la comida. Mi hija se negó a comprarle otra botella de vino y yo permanecí entre las dos incapaz de elegir. En ese momento supe que ambas esperaban mi decisión, que me querían en forma exclusiva para mimarme primero y destruirme

después. Ninguna de ellas aceptaría compartirme con la otra y lo que es peor Monsieur Foucault, con mi pintura. Siempre habría otra prioridad: las mezquinas necesidades materiales, el hombre que imaginaron y que nunca seré, sus sueños postergados.

- ¿Y el cuadro?

-A la hora del almuerzo estaba casi terminado. Reconozco que ansiaba deshacerme de él y mientras subía con el vino, pensaba que su encargo quebró la precaria armonía que hubo entre mis dos mujeres. Que podía desnudar a Fabiana pero no a Amélie y sus celos se ahondaban al avanzar el trabajo. Corrí escaleras arriba con el espejismo de mi hija clavando el cuchillo del pan en su vientre, al abrir la puerta escuché un grito, supe que Amélie había dejado de ser una niña y tuve la certeza de que estaba a punto de descargar su odio en los muslos tiernos de mi modelo. Entré dispuesto a detener sus manos asesinas y la hallé reclinada en el sofá, sonriente, observando de lejos el brazo de Fabiana que aún desnuda clavaba la hoja con movimientos de perfeccionista, de arriba abajo trazando abismos paralelos en la tela, que continuaba prendida al marco por los bordes. Todos hemos salido perdiendo, Monsieur Foucault, le debo varios almuerzos y una disculpa por este fracaso compartido.

Laurent bebe una copa de vino, la confesión ha consumido todas sus energías y ahora le resulta imposible comer, mirar de frente a su acreedor.

-No me debe nada, amigo. Escuchándolo tuve el goce vicario de compartir su vida, sus emociones y por momentos también me sentí artista. Hace tiempo que mis pesadillas giran en torno a un desnudo que cambia cada noche de la mujer que jamás podré retener. Quizá nunca hubiera sido como lo imaginé, me hubiera decepcionado y luego

de contemplarlo durante mucho tiempo, imaginándolo diferente en cada oportunidad, hubiera terminado por destruirlo.

-Entonces ninguno de nosotros lo deseaba de verdad.

-Nos lo impusimos mutuamente... a lo mejor era un pretexto para que nosotros comiéramos juntos, maestro.

PLEAMAR

A Andrea Graells

Against you I will fling myself, unvanquished and unyielding.

O Death!

Virginia Woolf. *The Waves*

Mamá salió del baño en ropa interior y se puso las medias de nailon frente al espejo, el resplandor que entraba a través del ventanal iluminó sus hombros y sus mejillas dándoles un tono ligeramente rojizo. Aunque durante los tres días que llevábamos en el balneario había tomado algo de sol, su piel continuaba resistiéndose al bronceado. A mí, en cambio, me basta caminar un rato a orillas del mar para ponerme morena, igual que papá cuando salíamos juntos de vacaciones.

Abrió un frasco de perfume y su aroma llegó hasta la cama recordándome otros atardeceres, otros veranos. Hubiera debido poner la mesa para la cena pero preferí observarla mientras se vestía. Después de la playa siempre tengo sueño y el día siguiente me parece más lejano e inalcanzable, como la bicicleta azul que venden junto al supermercado. Si fuera mía cambiaría el timbre por una bocina de esas que hacen mucho ruido, para asustar a los perros cuando tratan de morderme los talones.

Creo que me sentiría incómoda con un vestido ajustado y tacos altos, prefiero mis viejos jeans, zapatos con suela de goma, una camiseta de algodón. Con esa ropa puedo deslizarme por todos los rincones de la

casa y observar a los gatos en plena cacería, también es útil para trepar, desde cierta altura todo se ve mejor sin confusiones ni equívocos.

Estaba en mi escondite del árbol -no es más que una tarima pero imagino que se trata de una verdadera cabaña- cuando un auto rojo subió la cuesta y estacionó frente a la casa. El hombre que bajó era alto, de movimientos pausados y a pesar de que estábamos en vacaciones llevaba un maletín.

Era extraño, la única persona capaz de trabajar mientras todos se divierten en la playa era mi padre que pasaba el día entero encerrado en su habitación, escribiendo libros en los que el héroe escapa de los nazis o los franquistas y después de muchas peripecias logra volar un depósito de municiones enemigo.

El hombre abrió el portón, como no encontró timbre golpeó las manos y esperó que mi madre saliera a recibirlo. De su conversación me llegaron frases aisladas, recuerdo “es mejor no divulgarlo por el momento”. Luego entraron a la casa y recordé que Marina me esperaba para ir a tomar un helado.

Mamá dibujó una línea negra a lo largo de sus párpados, luego pasó rimel sobre sus pestañas, se pintó los labios y estudió el efecto alejándose unos pasos del espejo. Había comenzado a anochecer y el ligero resplandor que llegaba desde el jardín no alcanzaba a alumbrar su rostro, ese rostro que al despertar me conmueve por su serenidad y pureza.

Me resulta imposible creer que algún día mi cuerpo se parecerá al suyo, que ahora soy tan sólo una parodia de mujer con las rodillas llenas de vendas, trenzas y uñas mordidas hasta la carne. Cuando el sol entra a mi habitación sacándome del sueño me cruzo con la misma Leonor y la amenaza de una transformación se aleja otro día más.

El crujido de las hojas secas y el súbito silencio de los pájaros avisaron que alguien había entrado al jardín, me acerqué a la ventana, el hombre del auto rojo avanzaba sin golpear las manos y tuve el presentimiento de que volvería a verlo a menudo, imponiéndome su presencia, entrometiéndose en nuestra vida cotidiana.

El hecho de que los pájaros dejaran de cantar a su paso era un signo de mal agüero, como cuando el gato del vecino se esconde bajo la parra con la esperanza de que se acerquen a las uvas y todo parece inmóvil a su alrededor: no se escucha el aleteo suspendido sobre los arbustos, los gorjeos vuelan y hasta el susurro de la brisa entre los pinos tiene un dejo amenazador. Los diferentes elementos que conviven en el jardín forman un todo armónico que rechaza a los advenedizos.

Es difícil convencer a mamá de que evite las intromisiones, la soledad la ha vuelto débil e influenciable. Abuela, en cambio, siempre fue una solitaria. Cuando regreso de la playa trato de adivinar dónde la encontraré, acostada en la hamaca leyendo un libro o removiendo la tierra para plantar flores, aunque casi seguro estará sentada frente al piano y una vez más le pediré que toque el impromptu número cuatro de Schubert. Cuando era más pequeña y el llanto de mamá me impedía dormir, abuela posaba sus dedos sobre el teclado llevándome dulcemente al sueño. Yo sentía que mis ojos se iban cerrando y el latido de mi corazón, de alborotado y angustioso, se volvía regular y pausado, mientras la melodía hacía soportables los senderos de la ausencia. Ahora cuento con ella para escapar a mis tormentos y aunque los trabajos de jardinería hayan dejado un rastro indeleble en sus manos, sé que al anochecer se sentará en el banquillo del piano con la espalda recta para interpretar las obras arrancándome a este humor sombrío.

Escuchamos tres golpes cortos, antes de que mamá me lo ordenase corrí escaleras abajo y abrí la puerta. Como tantos otros que esperaron

obtener el último inédito de papá con invitaciones y obsequios, Barnes estaba parado exhibiendo una expresión de arrogancia tras su ramo de flores.

Esperé su regreso en la oscuridad de mi habitación hasta que los ruidos se fueron amortiguando, los autos dejaron de pasar y ni un ladrido perturbó la paz de nuestra calle. Las luces de las casas se fueron apagando una a una, sólo las estrellas continuaron brillando mientras recordaba la época en que me quedaba dormida junto al piano y papá me llevaba en brazos por la escalera hacia un territorio oscuro, donde el olor de su pipa se sumergía en los acres aromas de la pleamar.

Al día siguiente desayuné y fui a la playa sin esperar a mamá. Encontré a Marina cerca del muelle, durante un rato tomamos sol escuchando conversaciones de los vecinos, gritos de muchachos que jugaban al voleibol, el rumor de las olas incrustándose en la arena. Mis sienes comenzaron a latir con tal fuerza que me vi obligada a zambullirme para calmar el ardor de mi cuerpo, nadé mar adentro con los ojos abiertos, saboreando el deleite de estar inmersa en esa corriente meciéndome que me arrastraba sin hacerme daño. Una vez lejos de la costa detuve mis brazadas y observé a mi alrededor, estaba a unos cincuenta metros de los nadadores más cercanos. Hice la plancha un rato, respirando pausadamente, a lo lejos el horizonte era azul y blanco, tan tibio que me sentí acunada por una bondadosa hada marina.

Sabía que en lo profundo había otro mundo al cual nunca lograría aproximarme, semejante al de los adultos, regido leyes estrictas e incomprensibles. Flotando en la superficie encontraba un equilibrio sintiéndome en comunión con el agua, el sol y el verano; nadé en sentido contrario hasta que hice pie, hundí los talones en la arena avanzando hacia la orilla. Deslumbrada por el resplandor, de pronto

volví a ver la cabeza de papá surgiendo del féretro, los tapones tapando su nariz, las moscas chocando contra sus mejillas amarillentas, la mueca de la mujer que me abrazó llorando y resultó ser mi madre. El horror de esa visión me hizo perder el equilibrio, caí en un remolino de agua turbia, incorporándome corrí a tropezones hacia la arena y me tendí boca abajo para que nadie viera mis lágrimas.

Durante esas vacaciones ninguna frontera separó al pasado del presente, de modo que terminé chapoteando en una zona pantanosa donde todo se confundía con la niebla de mis recuerdos. La única defensa era oponerme a todo cambio, sentarme con las piernas cruzadas en mi árbol y observar idas y venidas de la gente. Mamá, abuela, Marina, nuestros paseos por la rambla, las largas horas de siesta, acrecían mi sentimiento de pánico. El miedo a encontrarme en terreno desconocido hacía que cometiera mil y una torpezas.

Sin saberlo, el hombre era el mensajero de un nuevo orden en nuestras vidas. Sólo la abuela se oponía a la publicación del manuscrito; mamá ansiaba entregárselo a Barnes, como si en la caja fuerte tuviera un número infinito de obras inéditas con las que podría retenerlo.

Por primera vez tuve deseos de leerlo. Esta tarde, cuando mi madre y mi abuela dormían subí la escalera evitando los peldaños más ruidosos, aunque dentro de la casa sólo se oía el motor de la heladera, el tictac de mi reloj, que acompañaba la ascensión aumentó de volumen hasta ensordecirme. Hice girar el picaporte, entré a la habitación de mamá en puntas de pie, abrí su cartera y saqué la llave; luego salí con grandes precauciones y bajé al salón luchando contra el pánico que amenazaba con sofocarme. Sabía que las joyas y documentos importantes se encontraban en una vieja caja fuerte disimulada tras el cuadro colgado sobre la chimenea, allí encontré el manuscrito.

La primera sorpresa fue descubrir que no se trataba de una novela sino de un diario. Lo llevé a mi escondite y empecé a leerlo, pasando las páginas rápidamente hasta llegar a los últimos meses; estaba escrito a mano, en cuadernos de ciento cincuenta páginas, sobre las tapas había puesto los años en letra de imprenta. A veces, supongo que durante los períodos de paz o de intenso trabajo, mi padre pasaba semanas sin anotar una sola entrada. En otras épocas, cuando el sufrimiento o la frustración lo martirizaban, escribía casi todos los días, dedicando páginas enteras a narrar su sentimiento de impotencia.

Me asombraron sus largos monólogos, como si hubiera vivido en una casa desierta y la soledad lo hubiera obligado a descargar su amargura en esas páginas, lo sentí como un hermano mayor triste y desengañado, más perdido que yo. Durante largo rato permanecí inmóvil, observando la hojarasca que comenzaba a formar un tapiz ocre sobre las raíces de mi eucalipto. En el jardín no hay que hacer movimientos bruscos, las aves huyen, los gatos que cruzan disimulándose tras los arbustos pegan un salto y escapan. Los contemplo escondida entre el follaje y tengo la impresión de que me espían con ojitos desconfiados.

18 de noviembre. *Demasiado tarde y no puedo volver atrás, esto es lo único que queda de mi vida: el trazo de mi mano sobre el papel, el sentimiento de vacío que me deja la escritura. Me siento como si todos estos años me hubiera dedicado a una actividad pueril. ¿Debo elegir una vez más entre la acción y la creación artística? ¿Volver a la militancia? ¿Qué queda del combate ahora que los políticos corrompieron nuestra lucha? Este no es el mundo por el cual me arriesgué. Durante el verano en la costa, pude creer que el sol nos*

purificaba de todos los males, olvidar que en todas partes se estaba repitiendo el proceso fascista. Ahora que regresamos al ciclo de producción y consumo sólo cuentan las estadísticas. ¿Cuántos individuos sin empleo? ¿A cuánto asciende la inflación? El sufrimiento ajeno es nuestro pretexto para dirigirnos nuevamente hacia la destrucción. Vivo en una noche perpetua, la desolación se ha apoderado de mí. No engaño a nadie cuando cierro la puerta de mi estudio afirmando que voy a escribir y me dejo caer sobre el sillón pensando en la oscuridad y el alivio de la nada.

22 de noviembre. *En otra época, el ideal de una sociedad más justa significó para mí la búsqueda de una verdadera libertad. Después la perseguí en el conocimiento, pero ni la libertad ni el conocimiento estaban al final del camino. Sólo fatiga y decepción. Vivo en una espiral descendente que va minando mis fuerzas. Camus dice que el absurdo depende tanto del hombre como del mundo, si quiero ser honesto conmigo mismo debo reconocer que el absurdo siempre estuvo allí, acechándome, es inherente a todo sistema de coexistencia humana. Me es imposible escapar a él, he dejado de ser rebelde sin aceptar al mundo, lo único que persiste es el asco.*

28 de noviembre. *He pasado varias horas acostado en posición fetal. Si estallase un incendio, si las llamas y el humo llegasen a mi cuarto sería imposible levantarme y escapar. Este mismo estado de agotamiento es el que me impide matarme, la falta de un objetivo en mi vida, o mejor dicho su completa desaparición, el contraste con otras épocas en las que el día era corto para llevar a cabo mil tareas que entonces creía cruciales. Es lo que me debilita, puedo analizar mi desaliento, la falta de motivaciones, el desprecio por todo lo que me*

rodea. *¿Debo sentir repugnancia por el mundo? ¿Es imposible cambiarlo? ¿Por qué no pude adecuarme a él? Ahora sólo soporto la inmovilidad, poco a poco me voy desprendiendo de mi cuerpo, soy esclavo de mi memoria y pronto ni ella podrá martirizarme.*

6 de diciembre. *Sonia y mi madre han comenzado los preparativos para las fiestas de fin de año. A mí me resultan indiferentes, en realidad quisiera haberlas dejado atrás. La comida, la bebida, la falsa alegría de los amigos que se creen obligados a la euforia...*

Cada vez tengo más dificultad para dormir, durante la noche trato de pensar en las páginas que estuve escribiendo, de corregirlas, pero su futilidad me hunde en un estado desesperante que agudiza mi insomnio.

20 de diciembre. *Llevo dos semanas escribiendo, he recommenzado el diálogo conmigo mismo y los días son más llevaderos. Tengo un miedo atroz del momento en que deberé detenerme y releer todo en frío. Esto no es la búsqueda del placer. ¿Felicidad? ¿Dolor? Sólo sé que para mí escribir es la obsesión y una tortura sin la cual no logro subsistir. Maldita sea la hipersensibilidad.*

1 de enero. *Todos están enojados conmigo, ayer no pude resistir el espectáculo de sus rostros deformados por la risa y abandoné la fiesta antes de medianoche. Me saqué los zapatos y caminé hasta el muelle esperando que la contemplación del oleaje me calmaría. No hay nada que me libere de este sentimiento de cólera ante la celebración de un nuevo año. Lo único que lamento es la decepción de Leonor. ¿Cómo explicarle mi angustia? Lo que para mí es la certeza del fracaso es para ella condena prematura.*

25 de febrero. *Ayer terminé de corregir Mueca ante un espejo oscuro y se lo envié a mi editor. Ahora me siento totalmente vacío, despojado de la furia que durante tanto tiempo me ató a este escritorio. Me quité el libro de la cabeza sin poder evitar sentirme estafado, como si tantos meses de trabajo hubieran desembocado en un panfleto. Nunca quedo satisfecho, para un escritor el peor castigo es la ilusión del triunfo. En ese momento comienza a confundir celebridad con arte, yo ambiciono una obra imperecedera y por ello sufro ante la mediocridad de mis logros.*

15 de marzo. *Hoy recibí la respuesta de Barnes, afirma que es la mejor de mis novelas y está seguro de que tiene fuertes probabilidades de ser premiada. He aquí un hombre feliz: tiene entusiasmos y certezas. Su opinión de deja contento, aunque en mi fuero íntimo no compare el flojo resultado final con el sueño que me ató a esta silla durante dos años. Es paradójico que los elogios aumenten mi sensación de fracaso. Una vez publicada será imposible modificarla y terminaré rechazándola, como a un niño que imita la forma de caminar de su padre adoptivo y que a pesar de sus intentos por ser aceptado, exhibe un rostro triste e irreconocible.*

17 de junio. *Creo que Mueca ante un espejo oscuro trituró mis huesos y mi espíritu. Desde entonces no he logrado escribir nada, todos los días se asemejan. Los otros habitantes de la casa tienen sus ocupaciones, sólo yo me arrastro de una habitación a la otra sin ánimo para recomenzar. Llevo una semana acostado en este sofá esperando una idea, oigo al viento golpeando en la ventana, cierro los ojos, escucho las voces de mis padres discutiendo en la penumbra, el silbato*

de un tren, un portazo. Y el silencio interior que es el peor de todos, soy un extraño ante mis propios ojos.

19 de junio. *Hoy bajé a cenar y fue imposible decir una sola palabra. Miré a mi hija, a mi esposa, a mi madre y me sentí ajeno a ellas, como si fuese un náufrago que hablando una lengua extraña compartiese por azar su comida. No las reconozco porque ni siquiera me reconozco a mí mismo, forman parte de un decorado que otro eligió por mí o que heredé de los errores pasados.*

20 de junio. *Otro día más que paso encerrado en mi estudio sin lograr escribir una sola línea. Mi apatía de estas últimas semanas me hace comprender que para mí la única salvación está en la escritura, escucho los ruidos provenientes del exterior y soy incapaz de levantarme y actuar. El trabajo me protegía del mundo, ahora espero que el incesante movimiento humano se detenga ante mi puerta y respete mi silencio.*

23 de junio. *Imposible tomar una iniciativa cualquiera, llevo días sin salir de la casa, indiferente al sol y a la lluvia. Soy sensible a la certidumbre de una fatalidad que me impide levantarme y caminar, continuar por la senda que yo mismo había trazado. Hasta el lenguaje parece una afrenta a esta mutilación irreparable de mi persona: la pasión me repudió.*

26 de junio. *Acepté la oferta de Morgan y estoy escribiendo una crónica semanal para el suplemento literario de El Mundo, es una tarea que ocupa y permite ganar algo de dinero. Imposible sustituir la*

sensación de esplendor que brinda la aventura literaria mediante la mediocre artesanía de un artículo periodístico.

1 de octubre. *Hoy llamó Barnes, me dieron el premio, ceremonia el 3 de octubre. Exigen mi presencia.*

4 de octubre. *El orgullo de Sonia, sus preparativos y ceguera. Dejé que me arrastrara, pero cuando estuve frente al micrófono fue imposible leer el discurso que había preparado. Tomé otro whisky, recorrí uno a uno los rostros anónimos que me rodeaban y murmuré torpemente unas palabras de agradecimiento. Después escapé del cóctel y erré por las calles, entré a un bar, debo haber tomado demasiados tragos porque del resto de la noche tengo un recuerdo vago. La habitación de hotel, anuncios luminosos guiñando en forma intermitente, una mujer desnuda contándome su vida mientras se lavaba en el baño. En esa compleja historia había integrado armoniosamente todos los elementos de la condición humana. ¿Mera imaginación? En todo caso, estaba mejor construida que cualquiera de mis novelas. Endosé el cheque del premio a su nombre y se lo entregué, era evidente que lo merecía más que yo. Del resto de la noche conservo la imagen de una cara que en el coito me devolvió una expresión desprovista de elogios, sincera y canallesca a la vez.*

5 de octubre. *Con Sonia tuvimos una escena terrible, gritos, recriminaciones, llanto... Esta vez es el fin, no pienso despedirme de nadie, he sido un extranjero en esta casa y en este mundo. Tampoco me arrepiento del dolor que causaré con mi partida porque los ojos de la muerte me miraron durante tantos años que ya estoy allí obedeciendo sus órdenes. Pavese escribió verrà la morte e avrà i tuoi occhi. Esta*

muerte tiene mis propios ojos: es el dios que construí a mi imagen, con el que me castigo y también me perdono.

Todo está en calma a mi alrededor, una brisa tibia sacude las ramas de los árboles, el aroma de la tierra húmeda sube hasta aquí. La ola de calor rodeando a los pinos parece detenerse frente al eucalipto y de repente siento mucho frío. Escucho ruidos en la cocina, debe ser mi abuela preparando la cena. El teléfono. La voz de mi madre. Nunca nadie me explicó nada. Voy a bajar sin hacer ruido y caminar hasta el muelle, luego esperaré que suba la marea. Contemplaré el espectáculo de las gaviotas persiguiendo las sombras de los peces en el agua, la transformación de las nubes cuando el sol comience a desangrarse en el horizonte. Volveré a leer estas páginas respirando el perfume de la última resaca, quizá sienta un estremecimiento, el eco de su voz estrellándose contra los pilotes. Cuando todos los bañistas se hayan ido me pondré de pie y dejaré caer al agua los cuadernos uno a uno, entonces veré su rostro agradecido, sabré que ese es mi cheque con el que pago el final de la infancia.

INDICE

LA GUAIRA

Buitres en sartanejas

El último mantuano

PARIS-ORLY

La calle del enterrador

Nadie guarda las fotos

La voz de Gabriel

POR UNA CABEZA

Natalia Ivanova

Shuga

HIJAS INSPIRADAS

Espejos rotos

Puntos de fuga

Pleamar

